

PLATICA V.

De los Padrinos del Bautismo, y sus obligaciones.

A 17. DE JULIO DE 1692.

Corona le fábrica a el olmo la frondosa vid que sustenta. No le sale a ésta tan de valde el arrimo que no le pague con bien apretados abrazos, ni a aquel tan penosa la carga, que no la logre haciendo suyos los mas sazonados frutos. Debe la vid a el olmo verse elevada planta generosa; pero debe el olmo a la vid salir por ella de la infelicidad, de tronco inutil, e infructifero. Paganse asi mutuamente. Y si le dá el olmo a la vid la mano para que suba, ésta desde el pie se eleva a formarle con sus dulces racimos la corona. Asi atendia y a mejor viso otro mejor abrazo, quando al bordo de la Pila Bautismal veo una tierna criatura, que en brazos del Padrino, dichosamente nace, se le estrecha tambien en espirital nudo, para que a subir la ayude. Feliz olmo, que si de esa tierna vid sabe encaminar las guias ácia lo alto, quando lo ván ligando en obligaciones sus pampanos, trepan a ser honra suya, quantos diere sazonados razimos. ¡Ah ojos de la Fé, dónde estais! que ya esta ceremonia santissima de la Iglesia, esta accion soberana de el Christianismo se ha dado en coger, solo, o por baxos motivos de muy humana correspondencia, o por cumplimientos mentirosos de mundana cortesania.

Hoy, pues, es para nosotros Jueves de Compadres, y de Comadres tambien, todo en uno: que si la ociosidad les ha señalado dos Jueves para sus inuites cortesias, razon es que haya algun Jueves para acordarlos justas obligaciones, que ya parece que se han hecho cosa de Compadres. Diré; pues, de los Padrinos que señalan los Padres naturales a quienes toca el señalarlos, como lo supone el Concilio Tridentino; que del Padrino que nos señala nuestra amorosa Madre la Iglesia, y del Padrino que nos escogé nuestro amorosísimo Padre Dios, no hay tiempo ahora para celebrar dignamente su vigilancia, admirar su cuidado, agradecer su amor. (Sess. 24. de Ref. c. 2.) El Padrino que nos señala en el Bautismo nuestra Madre la Iglesia, ese es el Santo de nuestro nombre; cuyos exemplos nos alienten a su imitacion, y cuyo nombre nos recuerde el acudir siempre a su patrocinio: Asi lo dice el Ritual Romano de Paulo V. *Quorum exemplis fideles ad pie vivendum excitentur, & patrocinii proteganur.* El Padrino soberano que nos señala nuestro amoroso Padre Dios ese es el Angel de nuestra Guarda, que si bien la mejor Teologia con Santo Tomás, enseña, que este desvelado espíritu se le dá a la criatura, desde el mismo punto que en el vientre de su madre se anima; ¿pero quién no vé que desde el

Bautismo empieza con nuevo titulo de solicitud amorosa? Asi refiere San Antonino, (S. Ant. p. 1. 11. 1. §. 2.) que San Eusebio, Obispo despues de Vercelli, yendo Catecumento a bautizarse a Roma, al llegar a la Pila Bautismal se vieron dos manos, que lo tuvieron y lo sacaron de la Fuente, que fueron sin duda las del Angel de su Guarda, que despues en repetidos favores se le mostró buen Padrino; pero baste por ahora haber acordado solo estos Celestiales Padrinos, para que al cotejo de unos Padrinos con otros, o se avergüence el descuido, o se haga siquiera concepto de tan noble, como sagrada obligacion.

Nació casi con la Iglesia esta sagrada ceremonia de señalar para el Bautismo Padrino: pues San Dionysio Areopagita, discipulo dichoso del Apostol San Pablo la menciona, la enseña y la exalta, San Justino Martyr Escritor el mas vecino a los tiempos Apostolicos nos la dice, Tertuliano, San Agustin, y otros Padres. Cierto es que aunque no hay Padrino que tenga, y reciba la criatura en el Bautismo, no por eso dexará el Bautismo de ser válido, como sucede sin culpa alguna en los casos de necesidad. Y solo fuera gravissimo pecado mortal, que sin haber Padrino, se celebrara el Bautismo solemne; eso es no ser esta sagrada ceremonia de esencia del Sacramento. Ya pues ¿qué intentó la Iglesia con esta santa ceremonia? Que si en lo natural no pudiendo la madre dar el pecho a su hijo, busca una ama que la ayude, o que se lo críe: que si en la educacion no bastando el padre a enseñarle al hijo las letras o el oficio, o a dirigirlo en las costumbres, le busca un ayo, o un maestro; asi no yá para la leche corruptible de la tierra, sino para la leche purissima y sin mancha de la Celestial Doctrina: *Sine dolo lac concupiscite*: no yá para las ciencias humanas, sino para la sabiduria del Cielo, para la ciencia de el alma le busca a su hijo una ama amorosa, un ayo vigilante, un sabio maestro, que ayudandole asi a formar a su hijo en la vida mejor del espíritu, tanto como él es Padre para la vida del cuerpo, sea el otro Compadre para la vida del alma.

San Dionysio Areopagita llama a los Padrinos Padres Divinos: *Sub quo sicut sub Divino Patre Puer degeneret.* ¿Padre Divino? ¿Qué renombre es este? ¿qué titulo que tanto suena de indecible honra, apunta de inexplicable obligacion? ¿Qué suena este titulo de amoroso cuidado? ¿qué dá a entender de atento desvelo? y qué intima de soberano cargo ácia los bienes de el alma del ahijado? Pericles, Principe de Atenas, habiendo entregado un hijo suyo a un gran Cavallero, llamado Meandro, para que fuese su ayo; el muchacho enamorado con la buena enseñanza, dió en llamar a Meandro Padre. Y gustó tanto de ello Pericles, que ni él lo llamó hijo hasta que yá Meandro habia muerto. ¿Entonces lo empezó a llamar hijo: y preguntado ¿por qué?

Res-

Respondió: *Tantum honor debeatur, amico Menandro*: tanta honra se le debía a Meandro, que mientras mi hijo lo llamaba Padre por la enseñanza, no quise tomar yo ese titulo. ¿Pues qué honra será llamarse Padre Divino por la mas Celestial, y Divina Doctrina? Pero aun le pareció poco a San Dionysio, y vuelve a llamar al Padrino Depositario de la salvacion de su ahijado: *Salvationis susceptorem*: ¿depositario, y de la salvacion? ¿Oh, que deposito! que si en aquella edad toda ciega por las malas costumbres se pierde, que si por falta de enseñanza, direccion y correccion se pelagra; ¿oh qué difícil las malas costumbres de niño se mejoran! *Ossa ejus implebuntur vitis adolescentia ejus, & cum eo in pulvere dormient.* No hay peor granizo para las vides que el que les coge los racimos en cierne; del todo las destruye. ¿Pues qué le queda al que las guarda? ¿Oh, deposito tan descuidado! Un Cardenal de Francia tenia un diamante de inestimable valor apreciado en muchos millares, porque ni se le hallaba igual en el brillo, en el fondo, ni en la grandeza. Díósele a guardar a un criado suyo, y éste lleno de mas cuidado que quanto valia el diamante, no pareciendole que lo tenia seguro, ni en caxas, ni en cofres, no solo lo traia consigo, sino bien asegurado, y puesto junto al corazon, donde por instantes de dia, y de noche metia la mano a reconocer si le faltaba, y no tuvo sosiego hasta que volvió a entregárselo a su dueño. ¿Pues qué tiene que vér un diamante con la salvacion de un alma? Pues ese es el deposito que toma por su cuenta el Padrino. Tertuliano y San Agustin lo llaman fiador: *Sponsorum, fidejussorem.* ¿Y de qué es la fianza que otorgan, y que firman? ¿Oh, Dios! Yo lo diré, que parece que he apretado mucho la obligacion de los Padrinos, pero dexemela explicar.

En los primitivos tiempos de la Iglesia, antes de darle el Santo Bautismo al que lo pedia ¿sabeis qué se hacia? Lo ponian y lo contaban entre lo Catecumenos, entre los cuales estaba meses o años; esto es, todo el tiempo que era menester para que aprendiese bien los Misterios que debía creer, los Mandamientos que debía guardar, los Sacramentos que habia de recibir, y en una palabra, hasta que supiese y entendiese la Doctrina Christiana; y por eso los obligaban a asistir todos los dias a su explicacion, y hasta saberla bien no les daban el Bautismo, con tal rigor, que los examinaban repetidas veces para vér si la sabian; mas despues con el tiempo, porque morian algunos sin Bautismo, se contentó benigna nuestra Madre la Iglesia por evitar peligros, en bautizarnos desde niños luego que nacemos; ¿pero cómo? Con la palabra que le dan los padres y las madres de no faltar a la necesaria enseñanza de la Doctrina Christiana, luego que lleguemos a ser capaces: y además con la fianza que de esto hacen el Padrino, y Madrina, que para esto salen por fiadores. Asi hablan los Sagrados Canones: (C. Vos ante

omnia 103. de consec. dis. 4.) Tomado de San Agustin: *Qui alium in sacro fonte suscipit, pro illo apud Deum fidejussor existit*: el que saca a un niño de Pila sale con Dios por fiador de su ahijado. Asi conspiran con Santo Tomás los Teologos. (D. Th. 3. p. 9. 67. art. 8.) Ahora, pues, ¿qué es la deuda? La Doctrina Christiana: es verdad que a esta obligacion los deudores principales son los Padres, pero los fiadores son los compadres; y si el deudor principal no paga, ¿qué se hace con el fiador? Yá lo saben: *Si sponderis pro amico tuo, affixisti apud extraneum manum tuam.* ¿Quantos se han perdido acá por una fianza? ¿Oh, y no sean muchos los que se pierdan por esta fianza tan descuidada!

Yo confieso que en hijos de gente capaz, piadosa, honrada, que probablemente se cree que sus padres, o los enseñan por sí, o por maestros, queda libre de esta obligacion el Padrino; pero si sabe, o entiende en padres descuidados, en padres ignorantes, que ni la saben, ni se la enseñan, está obligado debaxo de pecado mortal a procurar el que la sepa, o enseñandosela, o haciendosela enseñar. La materia es tan grave, como en que vá la salvacion; y por eso con Santo Tomás convienen los Doctores, en que esto les obliga debaxo de pecado mortal a los Padrinos; los Sagrados Canones con gravissimas palabras lo intiman: (C. Vos ante omnia, 105. de consec. dis. 4.) *Vos ante omnia, qui filios in Baptismo suscepistis, monete, ut vos cognoscatis fidejussores apud Deum existisse pro illis, quos videris de sacro fonte suscipere.* Y con palabras preceptivas del Santo Papa Leon III. en el Concilio Moguntino cap. 7. *Deinde precipimus, ut unusquisque compater, vel proximi spirituales filios suos Catholicos instruant.* Ahora, pues, valga la verdad; vemos que hay tantos muchachos de todos colores, que con notoriedad se sabe, que ni ván a escuela, ni a estudio, que tienen, o una madre simple, que será mucho, si ella sabe rezar el Credo, o un padre barbaro, que ni si hay Dios se acuerda; con que se saca con certidumbre, que todos esos muchachos, ni saben la Doctrina, ni se la enseñan. ¿Pues qué será la obligacion de sus Padrinos? *Parvuli petierunt panem, & non erat qui frangeret eis.* ¿Oh, Dios, y qué vida tan bruta! De una Pantera, animal ferocissimo, refiere Plinio, que habiendose caido sus hijuelos en una profunda fosa, viendolos allí morir de hambre, y sin poder sacarlos, fue tanto su dolor, que salió de la selva al camino real, y allí al primer pasajero que descubrió, con gemidos, con carreras, con sumisiones a su modo lo llamaba: siguióla aquel movido a lastima, y ella sin parar lo conduxo hasta la orilla de la fosa, de donde le sacó sus cachorros yá mas muertos que vivos, pagandolo ella con grandes fiestas. (Plin. lib. 8. cap. 17.) ¿Y hay madres mas que bestias, que vén a sus hijuelos morir en el almá sin el pan de la doctrina

na, y ni buscan siquiera quien se la enseñe? A esto, pues, están obligados debaxo de pecado mortal los Padrinos. *Ante omnia*, les dice San Agustín habiéndoles intimado la obligacion de instruirlos en las costumbres segun los Mandamientos Divinos: *Ante omnia symbolum, & orationem Dominicam, & vos ipsi tenete, & illos, quos suscepistis de sacro fonte, ostendite.* (Ser. 215. de Temp.) De modo que el ser Padrino no es solo aquella desnuda ceremonia de tener la criatura al bautizarla, y sacarla de Pila: es obligacion gravissima de enseñarle la Doctrina Christiana, instruírle en las buenas costumbres. Y siendo tantos los muchachos, que de esto carecen por el total descuido, ò ignorancias de sus padres; ¿quién ha dispensado en este pecado mortal à los Padrinos, para que vivan tan olvidados? Pues zela tanto esto la Iglesia, que por eso no admite para Padrinos ni à los que no están bautizados, ni à los Hereges, ni à los que no tienen uso de razon, simples, y mentecatos, porque ninguno de estos es apto para enseñar la Doctrina Christiana, y por consiguiente ni para ser Padrino. San Ansberto Obispo de Cambray, habia sacado de Pila à Landelino hijo de nobles padres, y estos llegada la criatura à edad de discrecion, se le entregaron à su Santo Padrino para que lo doctrinara. Hizolo el Santo Prelado con tal cuidado, que se conocia bien en las buenas costumbres del niño, por las quales determinaba hacerlo de la Iglesia; pero sus parientes siempre los peores enemigos con esas soberbias de la mentira, ò con esas mentiras de la soberbia, del aumento de su casa, del lustre de su linage, no solo disuadieron al mancebo de aquel tan santo intento, sino que lo entibieron de modo, que yá con una, yá con otra mala compañía se fue desbocando à los vicios. Costabale esto à su Santo Padrino lagrimas, oraciones, y repetidas correcciones con que lo detenia; mas al fin no valiendo, de un lance en otro vino à parar en hacerse Ladrón, y Capitan de Vandoleros; ese era el lustre de su casa, que contra Dios maquinaban sus necios parientes. Vivía de infames, y atroces delitos, quando su Santo Padrino no cesaba de dár por él al Cielo clamores. Oyólo Dios, y una noche en que disponia un robo, un compañero suyo cayó de repente muerto. Llenóse de horror Landelino; y echándose à dormir, mas en verdad que en sueños, vió abierto el Inferno, y el alma de su compañero entre aquellas horribles llamas. Así miraba estremecido, quando se le apareció un Angel, (sería sin duda el de su guarda) que le dixo: Esto es lo que presto te espera; mira si quieres padecerlo; y si quieres venir conmigo, vuelve à tu Padrino Ansberto, oye sus consejos. Así lo hizo al punto, y restaurado vivió como un Santo. ¡Oh, lo que puede un buen Padrino!

Esto, pues, solo aquel, y aquella que tienen

do la criatura al echarle el agua, la sacan luego de la Pila. Con que ni basta haberse dado palabra para que yá se tengan por compadres, ni basta tener la criatura en las demás ceremonias, y responder por ella; es menester recibirla del que le echa el agua, y sacarla de la Pila, que es donde espiritualmente nace, y por consiguiente allí es donde es Padre espiritual el Padrino, y contrae el parentesco espiritual con el bautizado, y con el padre, y la madre del bautizado, tan estrecho que no solo impide el que entre sí se casen, sino que dirime, y anula el matrimonio, si habiendo este parentesco se contrae. Y por eso entre Compadres, ò Padrinos, y ahijada es circunstancia gravissima, y que muda de especie en la culpa deshonesta, digo, no en las demás que es muy vulgar ignorancia. Acusome que tuve un pleyto con una muger, y la dixé muy malas palabras, y es mi Comadre. Esto aqui sobra, pues para el pleyto hace poco que sea Comadre, ò que no lo sea; aunque el pleyto haga mucho para que entre las Comadres se descubran las verdades. Y mucho menos esos que ha dado en llamar compadrazgos la ignorancia, teniendo por Comadre, ò Comadre al que, ò à la que le echó un escapulario; es esta una ridiculéz ignorantisima, que aunque eche no uno sino trescientos escapularios, ni ese es compadrazgo, ni padrino, ni en eso se contrae parentesco ninguno espiritual, y pleyto à Dios, que no sea para contraer parentesco carnal: pues prevenidos tiene estos desordenes de los escapularios el Edicto del Santo Tribunal de la Inquisicion.

Por esto, pues, prohibe la Iglesia entre los casados, que ni el marido ni la muger sean Padrinos de sus propios hijos, porque no se ligen con el espiritual parentesco; pero eso se entiende fuera de necesidad: porque si hallándose solos el marido, y muger, y sobrevino el parto revesado, ò de otro modo la criatura pelagra, y no hay quien la bautice, bauticela el padre mismo, ò la madre, que en tal caso ni contrae por eso parentesco espiritual, ni impedimento ninguno à su matrimonio. Así lo declara la Iglesia, (C. *Ad limina* 30. q. 1.) y lo asientan los Doctores todos: mas fuera de necesidad quiso la Iglesia, que sean los Padrinos distintos de los Padres carnales; porque por la distincion se haga el debido concepto de este nacimiento soberano del alma, de este ser padre del espíritu, dignidad que toman gustosos los Angeles. En Alexandria de Egipto, refiere Sofronio, una doncella Genil, muy rica, y muy hermosa quedó huérfana de padre, y madre, y con la libertad de sola, y con el incentivo de hermosa, y con la ceguedad de niña entregada à sus antojos. Un día vivió desde su balcon à un vecino suyo, que atándose un cordel al cuello echándole à un arbol se quería yá arrojar de él para ahorcarse. La Genil que vió temeridad tan loca, dándole voces lo detuvo. Bajó corriendo, y preguntóle la causa de

su loca desesperacion, à que él con lagrimas respondió, que eran tantas sus deudas, y tales los aprietos que le hacian, que no le quedaba yá mas remedio, que acabar con la vida sus afanes. Pladosa ella, y enternecida, procuró sosegarlo con buenas razones; pero viendo que no bastaban: Si eso es (le dixo) aquí tienes, ò todo, ò la parte de mi caudal, que bastare para salir de tus deudas; y como lo dixo lo executó, dándole joyas, dineros, y vestidos; y fue tanto lo que aquel pagó, que esta quedó pobre; y yá necesitada sin quedarle otros jueros, ni rentas, que su buena cara, sus pocos años, y su mucha desenvoltura, con que poniendo infame tienda de su cuerpo ganaba la gala, y la comida à costa de la opinion de pública Ramera. ¡Valgame Dios qué lástima! ¡Y que una limosna tan heroica no diese clamores hasta el Cielo pidiendo, y gritando à los oídos de la Divina Misericordia! ¿Cómo no? Batióle Dios aquel corazon gentil, y deshonesto con tantas aldavadas, inspiraciones, desencafos, avisos, que por ultimo viéndose enferma se fue à la Iglesia, y pidió con ansias el Bautismo; pero el Cura no quiso darselo por su mal nombre, y estado, que no aseguraba, que tuviese constancia en las costumbres santas del Christianismo: (así era costumbre entonces negarles el ser Christianos à las públicas Rameras) negósele en fin, hasta que traxese Padrinos, y fiadores abonados, que aseguren su constancia en la Fé, y su mejora en las costumbres. ¿Y quién habia de fiarla? No hallándolo, clamaba con sollozos, y lagrimas à las puertas de la Iglesia, quando vió venir ácia sí un hombre, que le pareció aquel mismo à quien ella años antes habia librado con su caudal de la muerte. Preguntóle su afliccion, dixola ella, y él al punto: Espera, que yo te traeré Padrinos, y fiadores. Vase, y traele presto dos Senadores los mas autorizados, y graves que habia en la Ciudad de Alexandria, que hablando al Cura le salieron por fiadores, y fueron Padrinos, con lo qual la bautizó. Pero saliendo ella vestida de blanco como andaban los siete dias siguientes los recién bautizados, repararon no sin escandalo los vecinos, que à una muger que era la que sabian, la hubiesen dado el Bautismo. Dan noticia al Obispo, llaman al Cura, hacele el cargo, responde lo que he dicho; envia à preguntar à aquellos dos Senadores, y uno, y otro dicen, que ni conocen tal muger, ni saben de tal Bautismo. Reconoce el Prelado que habian sido dos Angeles; hace llamar à la muger, preguntale: ¿qué habia hecho? Innumerables torpissimas culpas, responde ella anegada en lagrimas: no pregunto eso, muger: ¿Qué obras buenas has hecho? No sé de ninguna, sino que una vez con darle mi hacienda, le quité à uno de que se ahorcára, y ese mismo fue ahora el que me traxo los Padrinos para que alcanzara yo la dicha del Bautismo; y diciendo esto espiró en las manos del Obispo. ¡Oh, muger infinitamente di-

chosa, que así puso en banco firme su caudal para ganancia tan inmensa, que sin duda goza eterna Gloria!

PLATICA VI.

De las Ceremonias santas del Bautismo, y cómo avisan al Christiano sus obligaciones.

A 25. DE JULIO DE 1692.

SI se mirara el mundo al espejo, presto conoceria sus engaños, y el que así anda en todo el mundo al revés, se veria presto mundo al derecho. Son las aguas el espejo terso del mundo; y ellas retratan con la verdad lo que el mundo engaña con la mentira. Poneos de esta parte de un lago, y mirad lo que el agua representa de la otra orilla; vereis trastornados los montes, abatidas las torres, inclinados los arboles, bolicados los edificios; ¡oh, qué vista! las cumbres en lo baxo; en lo alto las basas; las veletas de las torres en lo profundo; los cimientos en lo sublime; las copas de los arboles en lo abatido; las raíces en lo elevado; los techos por el suelo; los suelos por los techos: ¿Qué es esto? El mundo al revés, me dirán: ¿El mundo al revés? No por cierto, sino al derecho el mundo, y deshechos en la claridad de las aguas sus reveses; que las erguidas cumbres, las desvanecidas veletas, las pomposas copas, las soberbias techumbres al espejo de la verdad se descubren trastornadas sombras. ¡Ah veletas levantadas al viento de la vanidad, copas pomposas, erguidas al lucimiento de la gala, techos elevados al tamaño de la soberbia! ¿Os parece que os acercais hasta el Cielo? Pues las aguas os dicen que baxais ácia lo profundo, que os abatís ácia el Inferno. ¿Pero qué aguas? Las del Bautismo, que no hablo yá de lo que en lo material esas aguas nos representan à los ojos, sino de lo que en lo espiritual las aguas del Bautismo representan mejor con eterna verdad al alma. Renacemos allí pisando al mundo para vivir al Cielo; renacemos despreciando todo lo temporal para vivir à lo eterno; no yá peregrinos de este vil mundo, sino Ciudadanos de la Gloria, domesticos de Dios: *Jam non estis hospites, & advene, sed estis Civis Sanctorum, & domesticus Dei.* Y mirando en aquellas Sacrosantas aguas todo el mundo con sus gustos, pompas, y vanidades en lo baxo, profesamos vivir ácia Dios, ácia el Cielo, y ácia la eternidad: *Christianus*, decia Tertuliano, *est homo, non hujus, sed futuri seculi.* Un Christiano no es hombre de este mundo, es del Cielo. Mira à todo el mundo debaxo de los pies, y solo tiene la atencion allá en la Gloria: esa es su obligacion; pero (¡oh Dios!) ¿cómo se cumple?

Pues para que entendamos, nos pone à los ojos nuestra Madre la Iglesia las ceremonias santísimas, con que nos dá el Bautismo. Cierto es que sin todas esas sagradas ceremonias fuera el Bautismo válido, solo con echar el agua, diciendo las palabras de la forma con la debida intencion. Yá, pues, ¿à qué miran tantas, y tan religiosas, tan graves, y tan piadosas ceremonias, unas antes de llegar à la Pila Bautismal, otras en la misma Pila, otras despues del Bautismo? ¿Tanto cuidado, tanta diligencia? Si. Lo primero: para alentar la devocion, despertar la Fé, exercitar la piedad tan dormida: en Misterios tan altos, tan descuidada à beneficios tan indecibles. Lo segundo; para que por lo que en esas ceremonias santísimas vén los ojos, despierte el entendimiento à conocer dones tan soberanos. Lo tercero; (y aquí es oyentes mios lo terrible) usa la Iglesia de todas esas solemnidades en el Bautismo, porque en cada una de ellas nos vá intimidando, y acordando nuestras gravísimas obligaciones. Quando acá se celebra algun contrato de gravísima importancia; las paces entre dos Reynos, el casamiento entre dos familias, ò otro tal negocio; ¿con qué solemnidades se celebra? Poderes, fianzas, instrumentos, testigos, escrituras, sellos, firmas, ¿Y todo para qué? Para que estrechándose, y apretándose mas con esas solemnidades la obligacion, ninguno pueda faltar à aquello que se obliga, que otorga, y que firma. Es el Bautismo segun hablan las Escrituras, y Santos Padres, un contrato que hacemos con Dios; un pacto que con su Magestad celebramos, Promete Dios, y nosotros prometemos; asegura Dios, y nosotros de nuestra parte aseguramos; se obliga Dios, y nosotros nos obligamos; damos la palabra, echamos la firma, presentes los Ministros de la Iglesia, testigos los Angeles se otorga la escritura, y se guarda en los Registros de Dios, en los Archivos de la Eternidad. Por esto en la Primitiva Iglesia, segun refiere de muchos Santos Padres el Vice-Comite, era costumbre, que el que recibia el Bautismo, al hacer la Profesion de la Fé, y de las costumbres de Cristiano publicamente, levantados los ojos al Cielo, la iba pronunciando, y alzando luego la mano derecha hacia solemne juramento de guardar todo aquello; y este juramento escrito luego con muchos testigos firmado, y sellado de mano del bautizado se guardaba el instrumento en los Archivos de la Iglesia. ¿Y qué importa, que ahora no se escriba así esa espantosa obligacion, si se gravita en la eterna memoria de Dios? ¿Qué importa que ese material escrito no se guarde acá, si se conserva en los Libros de la Eternidad? *Tenetur vox tua*, nos dice San Ambrosio, *non in tumultu mortuorum, sed in libro viventium, presentibus Angelis loquutus es: non est fallare, non est negare.* (Ambr. lib. de *lis init.* cap. 2.) Te cogió yá Dios la palabra que le diste en el Bau-

tismo, escrita está, no en libros de muertos, sino en libro de la Vida; delante de los Angeles pronunciastes tu obligacion, no la puedes negar, no puedes engañar.

Ahora, pues: Lo que Dios de su parte en el Bautismo nos dá, y nos asegura, es la gracia, y con ella libertad del Inferno, del pecado, y del demonio: nos hace hijos suyos, hermanos de Jesu-Christo, templos del Espíritu Santo; nos promete la Gloria, y se obliga à darnosla, si morimos en su gracia. Esa es la promesa, y la obligacion de parte de Dios. Pero ahora de nuestra parte, si este es pacto, si este es contrato, ¿quáles son las obligaciones? ¿Ah, obligaciones de un Cristiano tan horribles, y à ese paso tan olvidadas!

Irélas explicando con las sagradas ceremonias del Santo Bautismo: y yo os ruego dilectísimos mios, por amor de vuestra eterna salvacion, por amor del soberano Christianismo que profesamos, que pues cada uno dió en el Bautismo esta palabra, hizo estas promesas, otorgó estas obligaciones, cada uno mire en sí mismo cómo las guarda, recorra en su alma cómo las cumple. Y si en aquel severísimo Tribunal de Dios donde nos hemos de ver todos, à todos nos han de hacer estos cargos, vaya viendo cada uno qué ha de responder, para que si ahora se halla convencido, ponga el remedio emprendiendo una vida digna de Cristiano. Avive, pues, la memoria, y volvamos con la consideracion à bautizarnos.

Llegaste, pues, à las puertas de la Iglesia: ¿allí te detuvieron? Si. Fue decirte, que quien tiene cerrado el Cielo como lo tenias por la culpa, y por ella poseido del demonio, no puede entrar en la Casa de Dios, en el lugar señalado à sus Divinos Cultos. Allí los Ministros de la Iglesia te preguntaron: ¿*Quid petis ab Ecclesia?* ¿*Qué pides à la Iglesia?* Y respondieron en tu nombre: *la Fé, Fidem.* ¿Pues por qué pides la Fé? ¿*Qué te ha de dar?* ¿*Fides quid tibi pręstat?* Y volvieron en tu nombre à responder: *Me ha de dar la vida eterna. Vitam æternam.* ¿Oh, lo que levantas el motivo! ¿Oh, lo que sublimas la atencion! La vida eterna, la vida que no se ha de acabar, la vida que ha de ser toda gozos, toda deleytes, toda abundancia, sin que jamás falte. La vida sin achaques, la vida sin temores, la vida sin amarguras, la vida sin muerte. La vida que en compañía de los Santos, que à vista de los Angeles ha de vivir en Dios, ha de respirar en Dios, ha de anegarse toda en Dios. ¿Oh, qué bien buscas! ¿oh, qué bien pides! Pues yo te la aseguro, yo te la prometo de parte de Dios; mas con tal que de tu parte guardes sus Divinos Mandamientos: con tal que ames à Dios sobre todas las cosas, y al proximo como à ti mismo: *Si igitur vis ad vitam ingredi, serva mandata: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, & ex tota anima tua: & proximum tuum sicut te ipsum.* Hé aquí, pues, la primera capitulacion de este so-

be-

berano contrato. Christianos, no son estas palabras al ayre, que acaban con el sonido, sino obligaciones que han de tener su efecto por una eternidad.

De modo que para conseguir la vida eterna, no basta solo tener la Fé, creer en Dios, creer en todos los Misterios. No basta una Fé dormida, una Fé ociosa, una Fé muerta. Es menester una Fé, que se muestre en las obras: *Fides que per charitatem operatur.* Una Fé viva en la guarda de todos los Mandamientos de Dios. Una Fé fecunda en acciones de piedad, en exercicios de virtud. Esa es la Fé que prometimos en el Bautismo. Esa es la Fé que profesamos al conseguir la dicha infinita de ser Christianos. Esa es la Fé que de tenerla así, ò no tenerla, pende el que consigamos, ò no consigamos la salvacion. Ahora, pues, os digo con San Pablo: *Vosmetipsos tentate si estis in fide, ipsi vos probate.* Vuelva cada uno ácia dentro, mire su alma, recorra su conciencia: ¿Tienes esta Fé obradora, eficaz, despierta? ¿Oh, Dios! Bien crees que hay otra vida, que hay una Gloria, ò un Inferno eterno, segun fueren tus obras. Pero viendo, y creyendo esto ¿cómo son tus obras? Os sucederá no pocas veces fixar en una parte los ojos, mas porque está divertido el pensamiento, ni se reparará, ni se advierte lo mismo que se está mirando. Eso es lo mismo que no vér. Teneis abiertos los ojos de la Fé, pero toda la atencion à la tierra, à los gustos, à las ganancias. ¿Pues qué importan esos ojos abiertos de Christianos, si son las obras de un Idolatra? ¿*Dic mihi*, te preguntaba el Chrysostomo, *unde potero deprehendere te Christianum?* ¿*An à loco?* ¿*An à vestitu?* ¿*A sermone?* ¿*Cibo?* ¿*Negotiis?* (Chrys. Hom. ad Pop. Ant.) ¿En qué muestras tu Fé? ¿En qué podré conocer que eres Cristiano? ¿Por el lugar? ¿Quáles son los que frecuentas? ¿Por el vestido? ¿Quáles son tus profanidades? ¿Por tus palabras? ¿Quáles tus juramentos, y tus torpezas? ¿Por la comida? ¿Quál la brutalidad de tus apetitos? ¿Por tus negocios? ¿Quáles miran à Dios? ¿Quáles ácia el eterno? Todo pensar, maquinár, desvelarse en el dinero, en el apetito, en la vanidad: *considera pacem, conditionem attende, militiam nosce.* (Chrys. Serm. de Mart. 1. 3.) Vuelve el Chrysostomo. Acuerdate à todo esto qué pacto es el que hiciste en el Bautismo: ¿*Pactum quod spontidisti?* ¿Qué condicion fue la con que entrastes à ser Cristiano? ¿*Conditionem qua accessisti?* ¿Y qué Milicia en la que desde allí te alistaste? ¿*Militia cui nomen dedisti?* ¿Qué responderías, si ahora te halláras en el Tribunal de Dios para responder à este cargo? ¿Cómo has guardado aquel pacto? ¿Cómo has cumplido, y cómo cumples aquella condicion? ¿Contra quién has militado en esta milicia? ¿Oh, confusion!

Pues no queda sino executar desde ahora el consejo del Apostol: *Certa bonum certamen fidei,*

apprehende vitam æternam, in qua vocatus es, & confessus bonam confessionem coram multis testibus. (1. ad Timot. 7. v. 12.) Empeñe la pelea, siga la batalla de la Fé, que toda ha de ser batalla contra el mundo, y el demonio, contra la carne, y sus pasiones, si quieres conseguir la vida eterna, para la qual prometistes esto en el Bautismo delante de tantos testigos. (Moschus *Prat. Spir.* c. 30.) Vinole al pensamiento una vez al Abad Atanasio: ¿En qué se distinguirán los que viven ociosos siguiendo sus gustos, y antojos, de los que viven en continua batalla refrenando sus apetitos? Esto pensaba, quando arrebatado en éxtasis, fue llevado de un Angel à la puerta del Cielo, que halló cerrada, pero oyó dulcísimas voces, que dentro sonaban, Tocó el Angel. Respondieron de adentro: Y éste dixo: Abre que queremos entrar. No entran acá los ociosos, le respondieron. Si quieris entrar, andad, y pelea contra el mundo, y sus vanidades. Así entendió aquel Monge. Y entendamoslo todos así. Mas para que no nos escusemos con las fuerzas, y mañas, y ardidés del demonio:

Prosigue la Iglesia en su Ministro, que soplando luego tres veces sobre tu rostro arroja al demonio con estas palabras: *Exi ab eo, immunde spiritus, & da locum Spiritui Sancto Paraclito.* ¿Con tres soplos? Si. Fue decirte que si quieres valerte de las armas de la Fé, con un soplo echarás à rodar al demonio, y à todo el Inferno. Así con un soplo lo desarma la Iglesia, y lo arroja para que no pueda impedir la gloriosa entrada del Espíritu Santo en el alma, y luego hecha tu propuesta, admitida tu obligacion, lanzando el demonio, en cuya potestad estabas, ¿qué se sigue? Que en nombre de Dios su Ministro te admitió debajo de su vandera, te puso la señal de ser yá suyo, te dió la insignia gloriosa de Cristiano. Eso fue ponerte en la frente, y en el pecho la señal de la Cruz con estas poderosas palabras: *Accipe signum Crucis, tam in fronte, quam in cordo: sume fidem Cælestium Præceptorum, & talis esto moribus, ut Templum Dei jam esse possis.* Recibe la señal de la Cruz, así en la frente como en el corazon. Así en la frente, para que nunca te avergüences de ser, y parecer Cristiano; como en el corazon, para que dentro de él vivan crucificados tus afectos. Así en la frente, para que tus obras muestren en lo exterior, que militas debajo de la Cruz, como en el corazon, para que tus inclinaciones, amores, y pensamientos todos por la Cruz se regulen. Así en la frente, para que yá el demonio viendo esta señal, tenga en ti cerrada la puerta: *In fronte tanquam in poste signandus es*, dice San Agustín; como en el corazon, para que en él solo habite Christo crucificado en la imitacion, y en la memoria. Hija, le dixo el Señor una vez à Santa Gertrudis, si tres horas solas que estuve en la Cruz, la honré tanto que (como ves) es la honra de todo el mundo; ¿quan-

ta

ta será la honra que yo le daré al alma, que por muchos años me tuviere crucificado en su memoria, en su mortificación, y en sus trabajos? Oh, qué honra! Prosigue, pues, diciendote la Iglesia: *Recibe con esta Cruz la Fé de los celestiales preceptos, y han de ser tales tus costumbres, que puedas ser templo de Dios.* Católicos, Católicos, ¿á quién se dicen estas palabras? ¿Solo á los que han de ser Anacoretas, Religiosos, Monjas retiradas del mundo? No, sino á todos. A los Seculares, á los hombres de negocios, á los Cortesanos se intima solo esta pureza de costumbres, esta desnudez de afectos. ¿Esta continua Cruz se intima solo á los pobrecitos, á los abatidos, á los humildes? No, sino sin distincion, á pobres, y á ricos, á señores, y á esclavos, á plebeyos, y á nobles. Todos igualmente hicimos esta obligacion. Todos igualmente tenemos esta Cruz. Luego ni es escusa el estado, ni los cuidados, ni los peligros. Luego ni son palabras de Cristiano decir, que la mayor pureza de vida, que el ajuste de las costumbres no es para los Seculares. Si son bautizados los Seculares, los Grandes, los Poderosos, á todos nos dice: *Talis esto moribus, ut Templum Dei jam esse possis.* Al Santo Abad Estevan le apareció nuestra Vida Christo crucificado, y á su lado puesto tambien en una Cruz un hermano suyo Secular que vivia con gran perfeccion en el siglo. Y dixole el Señor: Mira en cuánta gloria está tu hermano. Aliento fue este grande para aquel Santo Anacoreta. ¿Pero qué escusa le queda á qualquier Secular? No consiste esta Cruz, dice San Agustín, solo en lo material de los leños, sino en el continuo ejercicio de las virtudes; en la continua guarda de los Divinos Mandamientos: *Tota vita Christiani hominis, si secundum Evangelium vivat, Crux est, atque martyrium.* Ahora, pues, os ruego, dice Agustino, que penseis con atencion: ¿por qué somos Christianos, y para qué se nos puso en el Bautismo la Cruz en la frente? *Rogo vos, ut attentius cogitemus, quare Christiani sumus, & Crucem Christi in fronte portamus?* Y si no basta tener el nombre, sino hacemos las obras de Christianos, ¿qué hacemos? *Scire enim debemus, quia non sufficit nobis, quod nomen Christianum accepimus, si opera Christiana non facimus.* ¿Dónde está, pues, en las obras la Cruz? ¿dónde está la Cruz en las palabras? ¿dónde en los pensamientos la Cruz? Allí lo pensad.

En Tertuana, Provincia de Alemania, refiere de Jacobo Malbranc nuestro Adriano Lireo el año de novecientos y cinquenta y nueve de nuestra salud, (Lir. de Jes. Pat. l. 4. c. 1. §. Mirum.) en un lugar llamado Audomaropoli, misericordioso Dios en castigo de sus ofensas quiso recordar groseros olvidos con un espantoso prodigio. Fue el caso, que un día sin ver cómo, empezaron á aparecer en los vestidos de todos, hombres, y mugeres, unas Cruces de un palmo, co-

mo si en la tela, ó paño de cada uno estuvieran tejidas. Arrebató al principio la admiracion, y mientras uno le estaba mostrando al otro en su capa quatro, ó cinco Cruces, el que venia le mostraba á éste en la suya otras tantas. Andaban los unos mirandose á los otros, y todos cruzados, y todos atonitos. Levantaron los gemidos viendo señales tan soberanas, sin ver qué manos las formaban. Juntaronse en procesion clamando al Cielo por el perdon de sus culpas. Entonces el Obispo Vicfrido, teniendolos juntos en la Plaza sosegando sus sollozos, les dixo: Hijos míos, si estas Cruces que á todos nos han salido á los vestidos salen de la abundancia del corazon con que amais la Cruz, y se representa fuera lo que tenéis dentro del alma, dichosos nosotros. ¿Cuál es nuestra honra? ¿Cuál nuestra dignidad, pues así el Cielo la confirma? Pero si no es así, miradlo en vuestras almas. Treinta años há que no os predico otra cosa sino que abraçais la Cruz. Pero si vuestras costumbres, si vuestros afectos han sido siempre contrarios á la Cruz, y á el Cielo mismo os predica que habeis de vivir siempre cercados de la Cruz: *Revocate in memoriam esse vos in illa signatos in die Baptismi.* Traed á la memoria que esa Cruz es la señal que os pusieron en el Bautismo. Eso os avisan esas Cruces. Y diciendo esto, todas las Cruces desaparecieron al punto, bastando para que aquellos fuesen después muy de veras Christianos. Oh, si esto nos sucediera á todos los que aquí estamos! ¿Pues por qué podrán mas los ojos que la Fé? Estas Cruces tenemos en el alma, y en ellas, ó la señal mas terrible de condenacion si no se ajusta á la Cruz nuestra vida; ó la señal mas dichosa si por la Cruz logramos nuestra Gloria.

PLATICA VII.

De lo que nos representa, y enseña la Sal bendita, que nos pone la Iglesia en el Bautismo.

DIA DE NUESTRO PADRE SAN IGNACIO, A 31. DE JUNIO DE 1692.

La mejor sazón se nos ha venido la Sal. A la sazón del día de mi glorioso Padre San Ignacio la Sal de la Sabiduría que se nos pone en el Bautismo. Pues sin ser menester mas me hallo sazonado al buen gusto el elogio debido á mi gran Patriarca, que si la Sal es un mixto prodigioso que se compone de fuego, y agua, como dixo de Plinio San Hilario: *Sal est in se unam continens aque, & ignis elementum.* (Hil. l. can. 4. in Mattb.) Fuego, y agua juntos en San Ignacio ¿qué serán? Fuego todo de Dios que desde que se juntó con el agua en los mares de sus peren-

nes lagrimas, lo formaron Sal de la Sabiduría de la Iglesia. Si á mí me propusieran que dixera en dos palabras, ¿qué cosa es San Ignacio en la Iglesia de Dios? Sin embarzarme diria: Que es lo que la Sal en el mundo. Y pienso que lo explicaba la Sal, que no hay cosa donde no entre, ni gusto que no sazone, ni persona á quien no sirva. La Sal que se halla en la cocina, y en la sala, en el fogon, y en la mesa para amos, y para esclavos. La Sal que desde la chocilla del mas pobre, hasta el Palacio del mas Principe es una misma, por mas que las toscas, ó regaladas viandas se distingán. La Sal que siendo una sola en muy diversos manjares acomoda á todos una sazón, siendo los sabores distintos. La Sal en fin, que siendo en sí de tan poco precio compite con el Sol en lo universal de sus beneficios: *Corporibus nihil utilius Sale, & Sole.* (Plin. lib. 31. c. 7.) Adagio de los antiguos dice Plinio: Pues eso es San Ignacio en la Iglesia. Sal que á todos sirve para el provecho. Sal que á todos se acomoda para el sustento. Sal que á todo lo sazona para el gusto. Sal que todo lo preserva para el remedio. Esta es la Sal, que sin distincion sirve á niños, y á viejos, á hombres, y á mugeres, á pobres, y á ricos, á amos, y á esclavos. Diganlo tantos empleos gloriosos, tantos sagrados afanes, y tantas horroycas fatigas. Esta la Sal que haciendo sabrosos los desvelos prolixos de los estudios, ha llenado el mundo de Sabiduría, las Ciencias de luces, los entendimientos de noticias, las Aulas de letras, las Escuelas de Doctos. Esta es la Sal que sazonando con los mas discretos saynetes todas las virtudes, que saboreando con suaves atractivos los Sacramentos, ha llenado así tantas almas de perfeccion, y tanto Cielo de almas. Esta es la Sal que preservando en los unos la corrupcion de los vicios, que desterrando en los otros la pestilencial podredumbre de los errores, y heregias ha mantenido en la Iglesia sus esplendores, ha despojado al Infierno de sus tinieblas. Esta es la Sal que abatida por los suelos sirviendo á todos sin esplendor de puestos, sin altura de dignidades, se las apuesta al Sol en sus esferas, á quien mas llena al mundo de beneficios: *Nihil utilius Sale, & Sole.* Mas por eso mismo reparaba yo, ¿por qué San Ignacio siendo tan universal en beneficios para todos, se ha esmerado con especiales favores con los niños? No sé si se hallará Santo que mas los favorezca. En los partos es bien sabido su patrocinio con innumerables milagros: en la primer puericia son grandes los favores que les ha hecho, de que pudiera decir muchos prodigios. ¿Por qué será? Yo pienso que nos lo dice ya la Iglesia. Es lo primero que gusta la criatura la Sal con que la Iglesia la saborea: *Hoc primum pabulum Salis gustantem.* (Euseb. in vita.) Pues como San Ignacio es Sal, por eso desde aquella edad empieza á ir saboreando las criaturas para el Cielo. Temerosa una muger del parto

que se le acercaba, ofreció á San Ignacio, que si la sacaba con bien, le pondría su nombre á la criatura. Hizolo el Santo, que es lo que hace cada día. Dió con felicidad á luz un niño. Pero al tratar de bautizarlo se levantó entre marido, y muger la porfia, y la discordia. Ella que se habia de llamar Ignacio por su promesa. El que se habia de llamar Ireneo por su devocion. Duró algunos días la porfia. Llegó el caso del Bautismo, y no se ajustaban. Y, ó por impaciencia, ó por caricia, cogiendo el Padre al niño en las manos determinalo tú, le dixo, quitanos de porfias; ¿cómo te has de llamar? A que con clara voz respondió el niño; Ignacio. ¿Cómo? vuelvelo á decir. Ignacio, repitió. Hay tal gracia de criatura! Si, que desde ahí empieza la Sal de San Ignacio. ¿Pues ya podemos ir al Bautismo? Si, que me he detenido; perdonenle á un hijo que le arrebate así el afecto de un gran Padre.

Tenemos, pues, todavía á las puertas de la Iglesia detenida la criatura. (Vide Pamel. ad Tertul. de Bapt. à num. 1.) Allí viste la obligacion, y promesa que hicistes de guardar cabalmente la Ley de Dios para que te diera la vida eterna. Te viste ya señalado en la frente; y el corazon con la señal de la Cruz. Siguese, pues, que el Sacerdote tomando un poco de Sal bendita, se la pone en la boca á la criatura, y le dice: *Recibe la Sal de la Sabiduría, que te sea propiciacion para la vida eterna. Amen. La paz sea contigo, y con tu espíritu.* ¿Qué Sal es esta? ¿Y qué significa? Si no se queda solo en lo que vemos, ¿qué nos dice la Iglesia con esta accion tan misteriosa? Oh, cuánto nos dice! Lo primero, esa Sal nos dice, que por el Bautismo contrahemos la amistad de Dios, y entramos á ser sus amigos. Oh, qué dignidad, oyentes míos! Pero oh, qué empeño de una puntual, y fiel correspondencia! Fue entre los antiguos la Sal simbolo de la amistad. Por eso al luesped antes de ponerle á la mesa otra vianda, lo primero que le ponian era la Sal: (Pier. lib. 3. cap. 10.) *Hospitibus ante alios cibos Sal apponi solitum*, dixo Pierio, *quo amicitie firmitas significatur.* Por eso el faltar á la amistad decian en proverbio que era olvidar la Sal que comió con fulano: *Salem, & mensam ne pretereas.* Y por eso preciandose de buenos amigos los Samaritanos, le enviaban á decir á Cambises Rey de Persia: *Nos autem memores Salis, quod in Palatio comedimus.* (Esdre. 1. c. 4.) Nos acordamos todavía que cominos tu Sal. Mira tú, Cristiano, si te acuerdas que has comido la Sal de Dios, que hiciste profesion de ser su amigo. Oh! y con nombre de amigo no le seas mas infame traydor.

Lo segundo, que esa Sal nos dice es, que este contrato, este pacto que con Dios hacemos en el Bautismo no es por quatro días, no queda á nuestra voluntad deshacer su obligacion; es un pacto, que no se ha de acabar, que ha de ser eter-

eterno. Por eso los pactos perpetuos se celebran con Sal, que llama la Divina Escritura: *Psalm Salis*. Porque así como la Sal no dexa que los cuerpos se corrompan, los conserva enteros; así el pacto celebrado con Sal quiere decir, que ni se ha de violar, ni quebrar. Y si esta fue sin duda en el pacto del Bautismo tu palabra, si fue esta tu promesa, y esta tu obligacion, mira ahora si estás à lo prometido, mira si lo cumples.

Lo tercero; con esa Sal nos enseña la Iglesia, como se nos hará suave el guardar la Ley de Dios, que prometimos; el militar debaxo de la Cruz que profesamos. ¿Se hará suave? ¿Cómo? Si saboreándonos con la Sabiduría del Cielo, que eso representa esa Sal; si tomando gusto à la palabra de Dios la buscamos ansiosos, la oímos con gana de aprovechar, y la recibimos con humildad mansedumbre. La Sal en los manjares es para que excite el apetito, y la gana de comerlos. Por eso en los manjares del Cielo, en el sustento de la mejor vida, nos representa esa Sal, que si gustamos de Dios, si nos saboreamos à oír su soberana doctrina; ese sabor nos irá haciendo suave la guarda de sus Mandamientos, nos irá introduciendo las virtudes, y como Sal nos preservará de la corrupcion de los vicios, y de los gusanos de las culpas: *Audite, & vivet anima vestra*. Christianos mios, este es camino seguro, y cierto, por donde Dios quiere salvarnos. No por revelaciones, como hacia à los Profetas, sino aprendiendo unos hombres de otros, oyendo la palabra de Dios: *Cum mansuetudine suscipite inquit verbum, quod potest salvare animas vestras*. Esta es la Sal que dexó en el mundo en su Doctrina para nuestra vida. Esta es la eficacia que le dió à su voz: *Dabit voci sue vocem virtutis*. Y en gustar de esta Sal de la Doctrina está la vida, y está la salvacion: *Beati*, dice nuestra Vida Christo, *Beati qui audiunt verbum Dei, & custodiunt illud*. ¿Quántos por haber gustado esta Sal de la Sabiduría del Cielo están hoy en la Gloria? Pasaba mi gran Padre San Ignacio por un Convento de Religiosos, y por tentar su espíritu, le dixerón, que les hiciese una plática de Dios. Rehusabalo humilde, pero à sus instancias admitió: juntóse la Comunidad, y ardiendo en zelo el Predicador, dixo: Dos están aquí que quieren dexar à Dios, y apostatar de su Religion. Ponderó luego los castigos que les esperaban con tal fervor, que los dos al punto confesaron su culpa, que tenían secretísima, y le llevaron à su Prelado los instrumentos que tenían prevenidos para la fuga. ¡Ah Sal de Dios! ¿cómo sazonas, cómo sanas, cómo remedias!

Pero si esta Sal soberana no se gusta, si hay tanto hastio de oír la palabra de Dios, tanta desgana de la Doctrina del Cielo, ¡Oh, Dios! esa es la causa de tanta corrupcion de costumbres, de tanta ceguedad de ignorancias, y de tantas tinieblas de culpas: *Grandis morbus, & execranda*

calamitas, dice Casiodoro: gravísima enfermedad, calamidad, y desventura, la mayor, la suprema. ¿Y cuál es? *Divina legis appetentiam non habere*. Tener postradas las ganas, hastiado el apetito del sustento de la palabra de Dios, poco hay que esperar de ese enfermo. Ese es el principio de perder à Dios, y de entrar por el camino de la condenacion, dice Paladio, cobrar hastio à la palabra de Dios, tener desgana de oír su Doctrina: *Initium recedendi à Deo, fastidium doctrine est; & cum quis non appetit illud, quod semper anima esurit, qua diligit Deum*. (Vit. PP. lib. 5. libell. 10. num. 67.) Las tardes enteras en una Comedia, las noches en el juego, y se gusta, se dexa de mala gana: ¿y un rato de la palabra de Dios enfada, y cansa, y se bosteza? Mirad: Abogaba Demosthenes en defensa de un hombre que estaba para condenar à muerte; y al ir diciendo, reparó que los Jueces estaban hablando. Prosiguió sin darse por entendido, y dexando lo que iba à decir, ingirió este cuento. Fue el caso, Señor, bien célebre, que un Alquilador le alquiló à un pasajero un jumento para una jornada. Salieron juntos el dueño à pie, el otro en el jumento. Era ya el medio dia, apretaba el Sol, y no habiendo sombra ninguna, echóse aquel à pie, y metióse debaxo de la sombra del jumento. Eso no, dixo el Alquilador, que yo el jumento te alquilé, no su sombra. Esa sombra es mía, y yo la he de gozar. No, decía el otro, que si el jumento no se puede apartar de su sombra, quando yo pagué el alquiler del jumento pagué su sombra. Y hé aqui armado el pleyto, y que van al Tribunal. A todo esto ya estaban muy gustosos, y suspensos los Jueces por oír en qué paró. El diestro Orador entonces, dando un golpe à la Cátedra: *De asini umbra libet audire, viri causam de vita periclitantis audire gravamini*. Es muy bueno que al pleyto sobre un asno se pongan esas atenciones; y que donde vá la vida de un hombre enfade oír su defensa. Mas os digo yo, oyentes mios. ¿Tanto gusto en atender mentiras, engaños, y aun torpezas, y tanto tedio para oír hablar de Dios, para oír las verdades eternas, en que vá no menos que nuestra salvacion? ¡Oh, lo que aqui logra el demonio!

Y aun por eso, habiendo puesto la Sal à la criatura, vuelve otra vez la Iglesia à lanzar este maldito espíritu. La primera vez lo lanza de la posesion que tenia en lo interior del alma; ahora no solo lo echa de lo interior, sino que le manda que ni se acerque: *Exorcizo te, imunde spiritus, in nomine Patris, & Filii, & Spiritus Sancti, ut exeat, & recedas ab hoc famulo Dei*. Te mando, que salgas, y que te apartes. ¿Qué es esto? Que no estorve à la Sal del Cielo la entrada, cerrando à esa criatura los oídos, ¿Pues qué pensais quando estais oyendo el Sermon, que os viene, ó enfado, ó el sueño, ó la diversion, ó el que parla? Todo eso ¿qué pensais que es? El demonio, que

que os procura impedir la entrada de la vida. Por eso, pues, entrando ya en la Iglesia à la criatura, le hace el Sacerdote con la saliva, que representa la Sabiduría del Hijo de Dios, le hace digo, dos Cruces en los dos oídos, diciendo las palabras, que dixo nuestro Redentor para sanar à un sordo, y mudo: *Ephphtha, quod est, adaperire*. Abrete, oído, abrete: y luego en la nariz: *In odorem suavitatis*: Percibe el olor de la celestial suavidad. ¿Y qué es todo esto? Abrir por los oídos los caminos por donde ha de entrar la vida de la palabra de Dios. *Auris*, dixo San Bernardo, *auris prima mortis janua, prima aperitur, & vita*. Si fueron los oídos de Eva la primera puerta por donde nos entró la muerte, sean los oídos los primeros que se abran para que entre la vida. ¿Pues qué esperan los que no la oyen, los que se les pasan los años enteros huyendo de oír lo que los ha de remediar? ¡Oh, qué señal tan lastimosa de reprobacion! *Quis ex Deo est, verba Dei audit*, dice nuestra Vida Christo: El que es de Dios oye sus palabras. ¿Pues de quién será el que no las oye? Del diablo. Ya lo dice su Magestad: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*.

Breve será el exemplo, pero eficaz. Refiere el Cardenal Jacobo de Vitriaco, que en un Lugar un Labrador tan obstinadamente rehusaba el oír la palabra de Dios, el asistir en la Iglesia con los demás à la Doctrina que les explicaba su Cura, que no solo no bastaron amonestaciones, y reprensiones para hacerlo venir; pero si alguna vez por contingencia se hallaba en la Iglesia, al subir el Predicador al Pulpito, al punto se salía de ella con reparo, y escandalando de todos. Y tales eran sus costumbres, como las espinas, y zarzales de tierra sin cultivo, ni riego. Llegósele la muerte, llevaronlo à enterrar con acompañamiento de numeroso pueblo à la Iglesia: pusieron, como se suele, el cuerpo en medio, y empezaron los Sacerdotes à cantar el Oficio Funeral. Iba cantando el Cura aquellas tan piadosas palabras de la Iglesia: *Gratia tua illi succurrente mereatur evadere judicium ultionis, qui dum videret insignitum est signaculo Sanctae Trinitatis*: y entonces à vista de todo aquel concurso un Santo Crucifixo, que estaba puesto sobre la tumba, desclavando entrambas manos de la Cruz, se tapó reciamente los oídos. Levantaron todos con el asombro el grito: pararon los Oficios; y el Cura, haciendo silencio, les dixo: Bien sabeis la obstinacion con que este desventurado no quiso oír la palabra de Dios; pues por eso se tapa Dios los oídos à los ruegos de la Iglesia, con que le pide su perdon. Ya lo veis, ya lo veis: y pues esto muestra, que posee el demonio ya su alma, posea tambien su cuerpo; y haciendolo sacar de la Iglesia, mandó que lo tiráran como un perro muerto en el campo, ¡Horrible suceso! ¡Oh, y sirva à todos de escarmiento, para abrir los oídos à la voz de Dios, para dár por los oídos entrada à la vida del alma.

¡Oh, Santísimo Padre mio, Sal de la Iglesia en la discretísima sazon con que à todos los estados hicistes tan suaves las virtudes, tan llanos los caminos para Dios, tan sabrosos los Sacramentos! ¡Oh! y comunicanos à todos aquel sabor de Dios, con que abrasado le decias tantas veces, arrebatado entre resplandores: *¿Qué quiero, Señor, fuera de ti, ó qué puedo querer?* Logra en todos nosotros, Santo mio, aquellas ansias con que enamorado le decias à Dios: *¿Oh, Señor, y si pudiera yo hacer que todos los hombres se reconocieran!* Alcanzanos del Señor luz para que lo conozcamos, para que saboreados de su celestial Doctrina, la apetezamos siempre con ansia, hasta que por ella lleguemos à celebrar contigo el convite plenísimo, que solo puede saciarnos en la Gloria.

De las obligaciones en que nos pone el renunciar en el Bautismo al demonio, y sus pompas.

A 7. DE AGOSTO DE 1692.

Metér la cabeza en el Cielo dexándose todavía fijos los pies en el mundo, ¿quién no vé que sería sin pies, ni cabeza ese intento? Pues ojalá que lo que así en el cuerpo vén tan imposible los ojos, acabará de reconocer en el espíritu por mayor imposible la razon; y no habiendo medio entre dexar el uno, ó perder el otro; acabará la eleccion de determinar el acierto. Jugábá divertido un niño, traveseando con sus iguales, y dixerónle: ¿Quieres ir al Cielo, que allá hay muchos dulces, miel, y confites? Pero allá no has de travesear, eso no. Quedóse suspenso, y por una parte le tiraba lo dulce, y por otra lo llamaba el juego, y respondió: Yo quisiera tener la cabeza en el Cielo para comer los confites, y los pies en la tierra para jugar con los muchachos. Rióse por gracia de la pueril ignorancia; pero eso mismo debierámos lamentar por la mayor desgracia de la humana malicia; que son muchos los que así quieren juntar extremos tan distantes: la cabeza en el Cielo, y los pies de los afechos fijos en la tierra, no puede ser. Pues ya no parecerá sobrada diligencia la que se nos sigue en las ceremonias Sagradas, con que nos dá el Bautismo nuestra Madre la Iglesia. Vimos ya en nuestra primera capitulacion que à Dios hicimos, como nos obligamos à guardar su Ley, y sus preceptos: quedamos señalados con la Cruz para regular por ella nuestras acciones: recibimos la Sal en la boca, la saliva en los oídos para que saboreados de la Doctrina del Cielo, viendo los caminos de la eterna vida, se nos haga suave el buscarla. ¿Pues

qué mas queda? Que si hemos de ser amigos de Dios, hemos de tener ya por declarado enemigo al demonio, al mundo, à la carne, sus pompas, y vanidades. ¿Pues eso nos estaba dicho? Si, pero quiere juntar la malicia la luz con las tinieblas, el Cielo con la tierra, y à Dios con el demonio. Pues sepase, que por mas que lo mienta el engaño, no admiten compañía: ò se ha de perder el Cielo, ò se ha de despreciar el mundo: ò se ha de perder à Dios, ò se ha de pisar al demonio. Llegaba ya con universal regocijo à la Pila Bautismal el gran Clodoveo Rey de Francia, despues de grande enemigo del Christianismo, quando el admirable Prelado San Remigio, puestos à un lado un Santo Crucifixo, y al otro lado los torpes Idolos que aquel Rey habia adorado; apuntando primero à los Idolos, le dixo: *Incende quod adorasti.* (Caus. Paralel. lib. 14. cap. 17.) Quema, Rey, y reduce à cenizas esos infames vultos, que tan engañado adorabas. Asi lo executó al punto; y luego vuelto al Santo Crucifixo: *Adora quod incendisti:* adora reverente al Señor de Cielo, y tierra, que alguna vez quemaste. Asi lo hizo postado, y humilde. Pues esta misma, aunque por otras palabras, es la preparacion con que à todos nos previene la Iglesia nuestra Madre para el Bautismo: *Incende quod adorasti, adora quod incendisti.* Todos esos idolos, que te apartan de Dios, esos afectos, pasiones, engaños, todo ha de quedar reducido à cenizas, y solo ha de reynar en tu razon, el que solo merece todas las adoraciones.

Llegados, pues, ya à la Pila Bautismal, se sigue el acto mas solemne que atienden los Cielos, que miran los Angeles, que autoriza la Iglesia, y que delante del Trono de toda la Santissima Trinidad se celebra. Repara, pues, alma, que está presente el mismo Dios, que recibe tu obligacion, que te están oyendo los Angeles. Trae à la memoria, te dice San Geronymo, aquel dia tan feliz como terrible, en que otorgaste la mayor obligacion: *Recordare tyracini tui diem, quo in Sacramenti verba jurasti.* (Epist. ad Heliodor.) Entraste en el Sagrario de tu divina regeneracion, te dice San Ambrosio, repite à la consideracion, que fue lo que alli te preguntaron; reconoce, y Pondera, qué fue lo que tú respondistes: *Ingressus regenerationis Sacramentum, repete quid interrogatus sis, recognosce quid responderis.* (Lib. de Init. cap. 2.) Pregunta, pues, en nombre de Dios el Sacerdote: *Abrenuntias Satanæ?* ¿Renuncias à Satanás? ¿Qué respondistes por boca de los Padrinos? *La renuncio.* Et omnibus operibus ejus? ¿Renuncias tambien todas sus obras? ¿Qué respondiste? *Las renuncio.* ¿Renuncias tambien todas sus pompas? *Et omnibus pompis ejus?* Oh, Dios! Atiende, ¿qué respondiste? *Las renuncio.* ¿Qué acto es este, oyentes míos, y qué quieren decir estas palabras? ¿Cumplimos ya solo con que entonces se dixesen en nuestro nombre? No, dice San Agustin, que las han de decir las obras,

las han de mostrar las acciones, las han de pronunciar las costumbres: *Renuntiate non solum verbis, sed & moribus, non tantum sono lingue, sed & actu vite vestrae, non tantum labris sonantibus, sed operibus pronuntiantibus.* No se acabaron con el sonido, quedarán esas palabras de tan solemne renunciacion escritas, y gravadas en la escritura de tu obligacion, que te ha de executar sin remedio, dice San Ambrosio: *Quid respondisti? Abrenuntio; memor esto sermonis tui: & nunquam tibi excidat tua series cautionis. Si christographum homini dederis, teneris obnoxius.* Estas palabras, pues, segun refiere San Geronymo, y otros Padres, allá en la primitiva Iglesia las decia el que se bautizaba, vuelto al Occidente, y en acabándolas de decir, volvía luego las espaldas mirando al Oriente. Renunciaba allí las sombras de la noche, y del infierno, las caídas de la muerte, y de la culpa, las tinieblas tristes del pecado; y vuelto al Oriente atendía al nacimiento de la luz, al origen del dia, al Sol de la Vida. Bien; pero por qué con esa ceremonia de volverse? Porque si; yo lo diré: Nadie puede mirar à un tiempo al Oriente, y al Occidente sin volverle à alguno las espaldas; y cómo se podrá atender à un tiempo à las tinieblas y à la noche del ostentacion, y al dia de Dios? *Versi ad Orientem,* dice San Geronymo, *patium inimicam Sole justitiae, & ei servituros nos promittimus.*

Ahora, pues, bien se entiende, que renunciar à Satanás fue renunciar todas sus malditas artes magicas, hechicerias, sortilegios, y todos sus perversos engaños, no tengo que detenerme renunciar todas sus obras, fue renunciar todas sus culpas, y con especialidad las que acarrea la carne tan aliada suya. Todas esas son las obras del diablo, en que logra su astucia, en que emplea su maña: *Qui facit peccatum, ex diabolo est,* dice San Juan, y à eso vino nuestro Redentor, à desterrar esas obras del diablo: *In hoc apparuit Filius Dei, ut dissolvat opera diaboli.* Eso bien se entiende; ¿pero qué quiere decir: *Renuncio todas sus pompas?* Et omnibus pompis ejus abrenuntio; que esto no parece que lo queremos entender; ¡Alt siglo! ah costumbres Christianas! ¿Nosotros renunciamos en el Bautismo las pompas del diablo? Es así, mirad si me lo podeis negar: todos, hombres, y mugeres, ricos, y pobres, Religiosos, y seglares, todos renunciamos con espresas palabras las pompas del demonio. ¿Se pregunta porventura alli en la Pila Bautismal, si es Cavallero, si ha de ser Dama, para que ese, y esa no hagan esta tan soberana renuncia? ¿Se distinguen alli el que ha de ser Religioso, ò el que ha de ser secular, para que renuncie el uno las pompas del diablo, y el otro no las renuncie? No, que no hay esas distinciones en el ser Christiano. Ahora, pues, pregunto: ¿Cuáles son estas pompas, que así renunciamos? Respondalo el Concilio tercero Parisiense: *Pompa diaboli una est, qua pompa mundi,*

id est, ambitio, arrogantia, vanagloria, omni- que cupiditas, rei superfluitas in hominis vitiis. (Concil. Paris. lib. 1. cap. 10.) Lo mismo dice el Concilio Moguntino, (Cone. Mog. cap. 3.) lo mismo el Concilio Turonense tercero, y lo mismo San Agustin, San Geronymo, San Ambrosio, San Chrysostomo, Tertuliano, y Salviano; las pompas del diablo (dice tanta, y tan sagrada autoridad) no son otras que las pompas del mundo: esta ambicion, esta soberbia, esta vanidad, tanta superfluidad, tanto fausto en alhajas ociosas, en coches, y en criados, en galas, y libreas, en convites, y bodas, en teatros, y juegos: ¿esas son las pompas del diablo? Si, así lo difinen los Concilios, así lo afirman los Santos Padres. ¿Y esas son las que renunciamos en el Bautismo tan expresamente? Esas mismas.

Pues ahora pregunto yo, oyentes míos, (y si tiene fuerza la razon, y si tiene eficacia la Fé, allá lo mireis vuestras almas) si como las renunciamos, no hubiera sido así, sino antes al contrario; quiero decir, si hubieramos hecho promesa, y solemnisima obligacion de buscar con todas las ansias esas pompas del diablo, ¿qué mas se hiciera, que lo que se hace? ¿qué mas se viera, que lo que se vé? ¿qué mas cuidado se pusiera en la ostentacion, y en el fausto? ¿ò qué mas desvelos, que estos costarán las galas, y los usos? ¿Qué mas fatigas los puestos, y los honores, si hubieramos prometido el buscarlos? ¿Y eso es lo que renunciamos? Oh, Dios! *Quid tibi cum pompis diaboli, quibus renuntias?* os dice al oido San Agustin, Oh si eso se considerara de espacio! Yo renuncié estas pompas: ¿Dios me cogió la palabra, y yo no pienso, y yo no cuido, y yo no me desvelo sino por conseguir estas pompas? ¿qué renuncia fue la mia? Cómo cumplo mi renunciacion? Volví las espaldas al Occidente del demonio; ¿ahora dónde estoy mirando? Puse las atenciones en Dios; ¿y ahora dónde tengo las atenciones?

Yo no afirmo por esto, que seguir, ò tener esas pompas, sea siempre, y en todas ocasiones pecado mortal, no; que si el menage de casa, criados, y galas son conforme à la calidad, al caudal, à la persona, al puesto, sin que la vanidad las mueva, sin que salgan de agenos daños, sin que se sigan malos exemplos, sin que las vicjen fines torcidos, sin que las paguen caudales, y sudores agenos, no niego que pueden ser licitas: no soy de genio tan acedo, y melancólico, que me acomode al sentir de algunos, que sin distincion, ni reparo condenan todas las galas en las mugeres: sé muy bien, que San Pablo les permite à las mugeres el adorno, como sea con dos condiciones; oyanlo: *Similiter & mulieres in habitu ornato cum modestia, & sobrietate ornantes se;* adornense, pero sea *cum modestia, & sobrietate,* con modestia, y sobriedad, con modestia, con honestidad, con decencia, sin desnudeces provocativas, sin alifios nimios, y ni-

miedades de rameras; esa es la modestia, y sobriedad; esto es, segun su estado, su calidad, su caudal, y medios à sus obligaciones, sin que à ninguna se falte por entrar en el uso: esa es la sobriedad. Sé muy bien, que San Agustin hace discretisima distincion entre mugeres casadas, ò no casadas para el adorno, y que no quiere tan apriesa, y sin distincion se dé la sentencia: *Nolo* (le dice à su Discipulo Posidonio en la Epist. 73.) *de ornamentis auri, vel vestis praeproperam habeas in prohibendo sententiam, nisi in eos, qui neque conjugati, neque conjugari cupientes, cogitare debeant quomodo placeant Deo.* Sé que Santo Tomás reconoce por el vestido mas, ò menos costoso, la distincion que debe haber de las personas: *Exterior cultus indicium quoddam est conditionis humanae.* Sé que el mismo Santo Doctor, seguido de nuestro Eximio Suarez, y otros Doctores, mientras son esas galas moderadas, modestas, no superfluas, nimias, ni provocativas, no las condena de pecado mortal tan apriesa.

Hasta aqui yo lo confieso; pero si las pompas son tales, que para mantenerlas, ò las antecedent, ò las acompañan, ò se les siguen no uno, sino muchos pecados mortales, ¿qué dirémos? Las injusticias, robos, latrocinios, malos tratos, monopolios, el no pagar las deudas, el oprimir à los pobres, ¿de qué nacen? Por adquirir pompas, y por mantener pompas: de que el pobre quiere andar tan lucido como el poderoso; la muger del oficial quiere la gala de la señora; de que no hay renta, y ha de haber fausto; de que si hay renta ha de haber duplicados coches, y redoblados lacayos; Ah pompas del diablo, y si os exprimiran! Fray Mateo de Bazo, gran siervo de Dios, Capuchino, para desengañar à un Jurisconsulto, que así mantenía la pompa, cogiéndole con ambas manos la capa, se la exprimió, y saltaron de ella chorros de sangre. Ah cuántas capas, y cuántas galas de la pompa echáran sangre de pobres, si las exprimiran! *In altis tuis inventus est sanguis animarum pauperum,* ¿De qué nace tanta dureza con los pobres sino de estas malditas pompas, por las quales nada se tiene por superfluo, habiendo tanto? Y ello es cierto que de lo superfluo es obligacion de pecado mortal el dár limosna al que está en necesidad grave; necesidades graves; oh cuántas hay! oh cuántas! Cuántos pobres se pudieran sustentar de lo que sobra en muchas casas, à los cavallos, y aun à los perros! *Quot pauperum ventres poterant inde pasci?* os dice San Chrysostomo. De estas pompas nacen en los hijos, y en la familia los malos exemplos, las ruinas de los caudales, y de las casas; y con ellas, ¡cuántas ruinas de las conciencias! ¿Y qué, si la atencion de una muger, toda ocupada en la gala, y el afeyte, dias, y noches, meses, y años, todos se le van en solo esto? *Dum palliantur, dum comuntur annus est,* que dixo el Poeta. Y por estos malditos cuidados olvidan à Dios, olvidan

el bien de sus almas, olvidan las cosas espirituales, y olvidan los Sacramentos. Qué bien le dixo con gracia Tomás Moro à una de estas, viendola muy ocupada en componerse: *Qué injusticia te hará Dios si por tanto trabajo como tienes, no te dá en premio un grande infierno?* ¿Y qué, si la intencion de tanta gala, y de tan nimios aliños, es solo de pescar almas? *Ornatu meretricio prepatat ad capiendas animas.* No puedo negar que muchas se adornarán como la paloma, que opuesta al Sol brillan sus plumas; pero es paloma. ¿Mas cuántas se pintan, y se recaman como la serpiente, que mientras mas pintada, quando con mas bellos matices, peor es, y mas mortal su veneno? Vió en una ocasion una buena alma un camino lleno de resplandor, por donde iban muchas almas al Cielo. (Spéc. ex. div. 9.) llenóse de regocijo al véerlo; pero se le acabó presto, porque vió luego dos dragones, que tendiendo una red por medio de aquel camino, iban en ella pescando tantas almas, que muy pocas se le escapaban, y daban con la red llena en lo profundo. Quedó anegado entre congojas, y apareciendole luego un Angel, le dixo, que aquella red que así atajaba à tantas almas el camino del Cielo, y que llevaba tantas al infierno, eran las galas profanas; torpes, y provocativas de las mugeres. Ya, pues, ¿qué será, si sobre la intencion tan perversa es la gala, y la pompa de las que vemos tan deshonestas, tan provocativas, y tan torpes? Desventuradas almas las que así hechas redes del demonio, tienen por oficio llevar almas al infierno. Una de estas entraba en una Iglesia muy esponjada en su profana maldita pompa, quando un santo Cura vió muchos demonios de todas formas, grandes, y pequeños, que rodeandola venian sentados unos en su vestido, otros saltando, y dando grandes risadas. (Casarius lib. 5. Mir. cap. 7.) Quedó atonito el Sacerdote, y pidió à Dios, que aquello que él veía hiciese su Magestad que lo vieran todos con los ojos del cuerpo. Así fue; lo vieron todos con horrible espanto, quedando aquella muger, ¿qual quedaria? ¿cómo quedarás tú, si esto vieras? Ahora, Christianos míos, esta pompa del diablo renunciamos en el Bautismo; si la amamos, si la buscamos; ¿de qué nos servirá delante de Dios haberla renunciado? ¿de mas terrible condenacion.

Hecha esta tan solemne renunciacion, el Sacerdote luego con el Oleo de los Carecumentos, (asi se llama, porque es el con que se unge à los que todavia no han recibido las aguas del Bautismo) con ese Oleo, pues, le unge à la criatura en forma de Cruz en el pecho, y la espalda, diciendo: *Ego te lino oleo salutis in Christo Jesu Domino nostro, ut habeas vitam æternam.* Así nos ungen como à luchadores, dice San Ambrosio; porque si en la antigüedad se ungian de aceyte los luchadores, no solo para vigorar las fuerzas, sino tambien para resvalar, y escapar con mas facilidad

de los brazos del enemigo; así con ese Oleo de salud nos previene la Iglesia para que vencamos en las luchas, y combates, que por toda la vida nos restan contra el demonio. Ese es el Oleo, simbolo de la gracia de Dios, que sana las heridas del alma; temple las pasiones, y apetitos, y corrobora para la batalla las fuerzas. Nos lo ponen como Cruz sobre el corazon; porque ha de estar la Cruz en nuestro amor como suave; y nos la ponen en las espaldas, para que advirtamos, que aunque es la Cruz la que cargamos, es Cruz de aceyte, que la aligera; que aunque llevamos el yugo, pero el Oleo de la gracia de Dios lo suaviza: *In die illa, nos previno Dios por Isaias, auferetur onus de humero tuo, & jugum ejus de collo tuo; & computrescet jugum à facie olei.* En un día de Carnestolendas apareció el Señor à Santa Catalina de Sena, le dixo: (Sur. in Vit. 30. April.) Hija; porque tú despreciando las vanidades del mundo te has abrazado con mi Cruz en estos días, en que los mundanos están tan entregados à la gula, à la pompa; y à la luxuria, por eso mismo yo vengo à desposarme contigo; y dandole un precioso anillo, la declara por su esposa. Dichosa Cruz, que contrapuesta à las pompas del diablo, traxo à Catalina la pompa mas bella del Cielo.

Por ultimo, hacemos la solemne profesion de la Fé preguntandonos el Sacerdote uno por uno sus principales Mystérios, y confesando en cada uno lo que creemos, porque no basta creer en confuso y por mayor todo lo que tiene la Iglesia; sino que muy en particular debemos creer sus principales mysterios, estando prontos à creer todas las demás verdades de la Fé, siempre que se nos propongan por sus legitimos Ministros. De modo, que à un tiempo cerramos del todo los ojos à las tinieblas del demonio, y los abrimos à las luces soberanas de Dios. ¿Mas de qué nos servirán tantas luces, si así nos deslumbran las pompas?

Refiere Roberto Lucio, que una muger de las muchas que en si mismas quanto mas se atienden se pierden, habia pasado los años de su vida sin mas cuidado que de sus aliños, y sin otra atencion que sus profanos vestidos, y aderezos. Llegóse la muerte quando la esperaba menos, y pidiendo, como Christiana, los Sacramentos, traxo el Cura una Forma consagrada, y al querer ya darle aquel Santísimo Viatico, vuelto à ella con el Santísimo Sacramento en las manos, dos hermosos Angeles, haciendo primero una profundísima reverencia, le quitaron la Forma de las manos, y volando desaparecieron. Antonito el Sacerdote y lleno de congoja, así por no saber donde pondrian la Forma, como por ver aquella muger ya muy cercana à la muerte, volvió corriendo à su Parroquia, y al llegar al Altar, halló la Forma puesta con toda reverencia sobre el Ara, y al volver, ya aquella muger era muerta. Así negó el Señor su Santísimo Cuerpo Sacra-

men-

mentado à la que toda su vida se le fue en atender solo à su vil, y miserable cuerpo. ¿Y de qué la aprovechó conocer y creer verdad tan soberana, deslumbrada y ciega entre las pompas engafiosas del mundo? Que si à todos nos han de dexar burlados, fixemos la vista y las ansias todas solo en aquellas luces, que nos han de llenar de eternos resplandores en la Gloria.

PLATICA IX.

De las tres ultimas ceremonias del Santo Bautismo, y su espiritual enseñanza.

A 13. DE AGOSTO DE 1692.

SER otro quedandose todavia el mismo, buer remedio para el siempre mudable mundo; que el que tanto gusta de mudanzas, logrará alguna vez en la misma mudanza la firmeza. Mas cómo puede ser, (me estarán ya diciendo todos) ¿cómo puede ser que se junten dos cosas tan declaradamente encontradas, dos extremos tan manifestamente opuestos, como ser otro quedandose él mismo? ¿cómo será ese imposible? Ahora lo verán bien facil à mañas de la industria, y ojalá que lo experimenten mejor à diligencias de la gracia. Nace estéril planta, infucundo embarazo de la tierra, un arbol rustico y silvestre, que sin llevar ni dár fruto alguno, solo sirve de pasto para el fuego; ¿y qué hace para lograrlo el Hortelano diestro? Poda los renuevos inútiles, derriba las ramas ociosas, echa por tierra todo el vano follage; y desnudo el tronco hiendele brecha, ingiere el bastago de otro arbol fecundo, y fructifero, liga bien el ingerto; y à poco tiempo, ¿qué sucede? Que el que era silvestre, rustico acerbuche sin cultivo ni fruto, y á es olivo fecundo, que llena al dueño de provecho: que el que era montaráz tejoote, y á lleva hermosas y dulces manzanas; porque todo el jugo, toda la substancia, todo el vigor que ese tronco repartía antes en silvestres ramas inútiles, lo emplea ya todo en sazoados y dulces frutos, y admirando en si mismo nuevas hojas que lo hermosean, sazoadas frutas que no eran suyas: *Miraturque novas frondes, & non sua poma,* dixo el Poeta. Hé aqui, pues, en el ingerto otro arbol, quedandose el mismo: *Alter, & idem;* le puso bien por mote un Discreto: *Otro, y el mismo;* él mismo, pues conserva su tronco: *otro,* pues lleva frutos; él mismo, pues no perdió con la raíz su proprio ser; pero otro, pues ya fecundo sabe fructificar: él mismo, pues es suya toda la vegetable vida, que lo anima; pero otro, pues la muda y la mejora en los frutos, que lo coronan: *Alter, & idem;* otro es ya, y se queda él mismo.

¿Mas de qué ingertos hablo yo, de qué arbo-

les? Nacimos todos, oyentes míos, nacimos en el estéril desierto, en el arenal maldito de la culpa, plantas infecundas, arboles inútiles que sin poder llevar fruto alguno de estimacion para el Cielo, solo podiamos servir de leña para el Infierno; ese fue el estado lastimoso de nuestro infeliz nacimiento. ¿Pero qué hace nuestra Madre la Iglesia en el Bautismo? Renunciamos ya solememente las pompas de el diablo, y las vanidades de el mundo; eso fue cortar el follage inútil de ramas, y ojarasca que solo llevaba por fruto nuestra silvestre planta, y que solo eran pasto para las llamas. Siguese à eso el echar à la criatura el agua de el Bautismo, diciendo las palabras de la forma, que es todo el ser, y la esencia de este Divino Sacramento. Y despues de esto, prosiguiendo en sus sagradas mysteriosas ceremonias, moja el Sacerdote el dedo pulgar en el Sagrado Crisma, de que hablaré en el Sacramento de la Confirmacion, y ungiendo con él en forma de Cruz sobre la coronilla de la cabeza à la criatura, le dice estas palabras: *Dios, Padre de nuestro Señor Jesu Christo, que te ha reengendrado del agua, y el Espiritu Santo, y te ha dado el perdón de todos los pecados, el mismo te unja con el Crisma de la salud en el mismo Christo nuestro Señor para la vida eterna.*

¿Qué union es esta tan soberanamente mysteriosa? *Ut intelligat,* explica en el Catecismo Romano, *se ab eo Christo capiti tanquam membrum conjunctum esse, atque ejus corpori insitum.* No es otra cosa esa union, que mostrar un ingerto admirable, un ingerto prodigioso, ¿Ingerto? ¿De qué? Pasma aun solo el decirlo: de la criatura unida ya con el mismo Dios: del hijo de Adán, y de maldición, ingerido ya y unido con el mismo Christo, y de esa planta estéril por sí infecunda, y silvestre ingerido en ella el bastago fecundo de la gracia, para que produzca ya, y leve dulces frutos de la vida eterna. Por eso S. Pablo llama à los Christianos ingertos: *Complantati facti sumus similitudini mortis ejus,* (Ad Rom. 6. v. 5.) O cómo se lee de el Griego, *Confiticii.* Y así como por el Crisma, y uncion soberana de el Espiritu Santo se dixo, y se llamó Christo; así de Christo, por unidos, por ingeridos à su Magestad, somos, y nos llamamos Christianos. ¡Oh, Dios si entendieramos esto bien, si aquí se fixara la consideracion, si aquí se avivara la Fé! De modo que como ingerida una vara en el tronco, se une con él tan apretada, tan estrecha, tan intimamente, que de su jugo se sustenta, de su aliento vive, de su substancia crece, de su vigor fructifica, y se hace una siendo distinta: así unido un Christiano, è ingerido al mismo Christo por el Bautismo, vive, alienta, y goza el jugo de la gracia por el mismo Christo, con quien es uno, siendo distinto. ¡Oh, qué comparacion! ¡Oh, qué semejanza! ¿Pues cuáles son los frutos que damos, teniendo tal

vi.

dá? Vivo yo, decía S. Pablo: *Vivo ego*. Yo soy por mi naturaleza frágil, por mi carne, y por mis pasiones: yo soy el que vivo, pero ya no soy yo: *Jam non ego*, porque soy otro, siendo el mismo: ya no soy yo, porque unido à mi Cabeza Christo, ingerido à este arbol de la vida, él es el que en mi vive, porque los frutos de mi vida son suyos: él me los dá, él los produce: *Vivit vero in me Christus*. Ah, Christianos ingeritos de Dios, ingeritos en Dios! ¿dónde estan vuestros frutos? Si el arbol estéril ingerida yá la rama fecunda, no le excusa su propia naturaleza para dar sazónada fruta, ¿qué excusa será de un Cristiano el decir: Soy frágil, soy de carne? Yo te lo concedo así, dice el Apostol; pero si estás yá unido è ingerto con Christo, esa fragilidad, esa carne tiene yá otro vigor, otro jugo, otro alimento, con que no le queda disculpa, si no dá fruto: *In carne ambulantes non secundum carnem militamus*. (2. ad Corint. 10.) Y siendo vida de Dios la que desde el Bautismo vivimos, ¿qué vida debe ser la nuestra?

Yá nos lo íntima la Iglesia en las dos ultimas ceremonias, que teniendo por claras poco que explicar, tienen por temerosas un infinito de cargos que entender. Poniendo, pues, el Sacerdote un lienzo blanco à la criatura en la cabeza, que equivale à la vestidura blanca que en los primeros tiempos de la Iglesia vestían en el Bautismo, le dice estas palabras, que no se habian de apartar un instante de nuestra memoria, que habian de ser la meditacion continua de nuestra vida, y que debe repetirlas todos los dias nuestro cuidado: *Recibe la vestidura blanca, que has de llevar sin mancha, ante el Tribunal de nuestro Señor Jesu-Christo, para que consigas la vida eterna*. De modo, que para conseguir la vida eterna, no basta recibir ahora en el Bautismo esa vestidura tan pura, tan limpia, tan cándida; sino que es menester llevarla despues de nuestra muerte con esa misma blancura, sin mancha alguna de pecado mortal, quando nos presentemos al Tribunal de Dios. ¡Oh, qué pensamiento para quien vive tan sin cuidados entre tantos peligros! Combidada un Carbonero, dice Esopo, à un Lavadero à que se viniese à vivir con él à su casa: proponiale muchas conveniencias: que se harian compañía; que les saldría mas varata la casa, y la comida: que se ayudarian el uno al otro. Todo está bien, respondió el Lavadero; pero si mi oficio es lavar y blanquear los lienzos, y tu ejercicio todo es entre carbon, y cisco ¿qué importan esas conveniencias, si es forzoso que me desbarates siempre mi principal trabajo, y que lo que yo lavo tu me lo tiznes, y que lo que blanquea tu me lo manchas? No, no vengo en esa junta, por mas que me alegues conveniencias, ¡Ah conveniencias de carbon, que así se ajustan, sin atender à la pureza del alma! ¿cómo dexan à esta su vestidura blanca, con tan negros tiz-

nes! Poner las atenciones al gusto, à la ganancia, à la comodidad, y el alma que se haya de conservar pura rebolcandose en el carbon. ¡Pobres almas, cómo está la vestidura, que recibisteis en el Bautismo! Representa aquella vestidura la gracia y los Dones del Espiritu Santo, que allí se nos infunden. Pero yá tanto esplendor purísimo, ¿dónde está? *Qui nutriebantur in croceis, amplexati sunt stercora*. (Vid. Cor. Unic. 9. Eccl. 8. & in Ep. Jac. 2. v. 2.) Rebolcado en el lodo, tirado en el cieno. Representa aquella vestidura la libertad dichosa con que salimos de la esclavitud del demonio, que así en la antigüedad vestían de blanco à los esclavos, à quienes daban la libertad: ¿mas yá quién es el dueño de tu alma? El demonio. ¡Oh, qué negra vestidura de esclavitud! Es insignia aquel vestido blanco de la victoria conseguida, es demostracion alegre de el triunfo mas glorioso: *Qui vicerit, sit vestitus vestimentis albis*. ¿Pero quién vence yá? ¿quién triunfa? El apetito, la carne, y las pasiones. Luego aquel candor alegre se ha convertido en traje de cautivo. Enseña en fin esa vestidura blanca la gloria, que te espera. Si, que ese es el traje del Cielo, todo purezas. Así se representó nuestro Redentor quando glorioso, blanco el vestido como la nieve. Así se vieron los Angeles en el Sepulcro y en el Cielo, vestidos de blanco: *In vestibus albis*. Así vivió San Juan en la gloria à los bienaventurados: *Amicci stolis albis*. Esa es la gala de la gloria, la blancura. ¿Y qué se sigue de aqui? ¿Qué? *Non intrabit in eam, aliquod coinquinatum*, dice S. Juan en su Apocalipsi, que no puede entrar allá ni la mas leve mancha. S. Annon Arzobispo de Colonia, Prelado Santísimo de admirables virtudes, arrebatado en vision una vez vió un gran Palacio, y en él juntos en una sala muchos Obispos, todos vestidos de Pontifical con las vestiduras blancas como la nieve; y así tambien las miraba en sí el mismo Annon; pero reparó, que en el pecho tenia una mancha negra, y muy asquerosa, que le sobresalía mas en lo blanco, y él procuraba esconderla. Mostraronle una silla muy resplandeciente, que le estaba prevenida; pero yendo à sentarse en ella le atajaron, diciendo: No se sienta entre nosotros quien trae esa mancha en el vestido. Confuso quedó, y corrido; y volviendo en sí, y à mirarse su vida, halló, que aquella mancha era el sentimiento, y enojo que tenia con sus subditos, porque le habian faltado el año antes à la obediencia y al respeto. Y esa mancha le estorbaba entrar en el Cielo à un Varon, en lo demás inculpable, à un Varon Santísimo.

¿Pues qué espera quien entre el carbon de los vicios tiene el alma tan negra como el carbon mismo? *Denigrata est super carbones facies eorum*. ¿Tanto cuidado, tantos ascos, tantos alifios para los vestidos del cuerpo, y la pobre alma tan in-

munda, tan envilecida, tan asquerosa? Ah, cuánta fuera la perfeccion, si se atendiera el vestido del alma siquiera como se cuida el del cuerpo! Una mancha que cayga en un vestido de rica tela, ¡qué pesadumbre, qué disgusto, qué sentimiento! ¿Y quién habrá que con esa mancha quiera parecer en público? Y tantas manchas en el alma, ni aun se reparan. ¿Qué sería entrar en una casa toda adornada de alhajas preciosísimas, colgadas las salas de muy finos paños, las sillas de terciopelo, el estrado sobre alfombras de seda, almohadas de brocado, franjas de oro, todo brillando; y despues de todo sentada la Señora en el estrado vestida de un vil sayal pardo tan asqueroso, è inmundado como paño de cocina? ¡Ay tal monstruosidad! De modo que las paredes, las alhajas, el suelo tan ricamente vestido, tantos ascos, tantos primores, y la señora de quien es todo, en su persona tan inmundada, tan vil, tan asquerosa; ¿qué es esto? ¿Qué ha de ser? Vuestra alma, que es la Señora, y se vé así tan asquerosa, inmundada, y envilecida, mientras las paredes del cuerpo, y el despreciable suelo está tan adornado, tan aseado, y tan bien vestido. Visitaba un Filósofo à un hombre poderoso, que tenia así la casa toda tan adornada de alfombras, y colgaduras preciosas: de modo que habiendo aquel menester escupir, no halló donde, y le escupió al dueño en la cara. ¿Qué haces, necio? Que no hallé en todo esto (respondió) otra parte mas desocupada en que escupir que vuestra cara. ¡Ah, qué verdad! Pague la cara, pague el alma con sus viles manchas los alifios y adornos del cuerpo. Pero qué responderemos quando en el Tribunal de Dios, se descoja aquel lienzo que nos dieron en el Bautismo? ¿quando allí veamos, yá sin poderse borrar sus manchas? ¡Oh, qué recuerdo, que tan olvidado tenemos, quando lo quiere la Iglesia muy en la memoria! Por eso en la primitiva Iglesia, andaban los recién bautizados por ocho dias vestidos así de blanco, desde el Sabado Santo en que eran entonces todos los Bautismos, hasta el siguiente Sabado, en que con solemnidad se desnudaban aquellos vestidos blancos, que por eso se llamó Sabado *In albis*. Se desnudaban del cuerpo, dice San Agustin, para tener siempre su candor en el corazon: *Ita tamen ut candor, qui de habitu depositur, semper in corde teneatur*. (Aug. 1. 10. ser. 155. de Temp.)

Por ultimo, se nos dá en el Bautismo la candelita encendida, y nos dice el Sacerdote: *Recibe esta candelita encendida, que te dice, que con una vida irreprehensible has de guardar las obligaciones que has hecho en el Bautismo, y los Divinos Mandamientos; para que así quando el Señor venga à celebrar las bodas, puedas con tu luz salir à recibirlo en compañía de los Santos, y con ellos puedas entrar à gozar la vida eterna por los siglos de los siglos*. ¡Oh, qué candelita, à cuya luz

nada podrá ocultarse! Es su luz clara la Fé que en el Bautismo se nos infunde, para que obremos en todo como hijos de la luz, y con la luz se dirijan todos nuestros pasos. Es su llama, volando siempre ácia el Cielo la esperanza que allí se nos dá, para que así à el Cielo miren todas nuestras ansias. Es su ardor la caridad que allí se nos infunde, para que ardiendo siempre nuestro corazon en incendios de amor de Dios, que tan infinitamente nos ama, en eso se consuma dichosamente nuestra vida. Esa es nuestra obligacion; por eso nos ponen en la mano la candelita, porque ha de lucir en las obras. Y si un soplo basta para apagarse una candelita, ¿qué es el cuidado con que guardamos en tan deshechas tempestades del mundo aquella candelita, que en hallarla ardiendo la muerte consiste nuestra salvacion? ¡Oh Dios! Y quando llegue el caso de que al punto de espirar nos vuelvan à poner en la mano esa candelita, ¿qué nos dirán entonces sus luces? ¿Qué mostrarán à la conciencia? ¿Qué gritarán los demonios? Está dirán, es aquel, que se enterró con Christo en el Bautismo: *Consepulti ei in Baptismo*: para significar, que era yá de el todo muerto al pecado, y con todo eso ha cometido mas pecados aún que nosotros. Este, dirán, tomó allí el nombre de tal Santo, è de tal Santa para vivir una vida del todo contraria à la suya, no para imitarla. Este, fue señalado con la Cruz, para seguirla y ser su defensor; pero ha sido su declarado enemigo hasta la muerte. A éste se le puso la sal en la boca, para que gustara de la palabra de Dios, y de la Sabiduría del Cielo; pero no gustandola jamás, la ha aborrecido, y despreciado siempre. Este renunció allí solemnemente todas las pompas, y vanidades; ¿pero qué mas hubiera hecho por ellas, si hubiera hecho profesion de adorarlas? Este fue ungido con el Crisma para que fuese como un Sacerdote de Dios, atendiendo siempre à su culto; pero aun mas reverentes que él han vivido muchos Turcos. A éste se le dió la vestidura blanca como la nieve sin la menor mancha; ¿y ahora cuál la tiene? negra como el carbon. A éste se le dió la candelita de la Fé, Esperanza, y Caridad; y ahora la tiene encendida en las manos; pero en el alma, ¿qué sin luz! ¿qué apagada! ¿qué muerta! ¿Esto hemos de ver à la luz de aquella candelita al morir? Pues miremoslo antes à la luz de esta candelita que nos dan al nacer. Abrámos los ojos, y remedien con tiempo sus luces en el alma tantos daños. Y pues la piedad de la Iglesia ha querido que al Patrocinio de MARIA Santísima se bendigan las velas para el morir, arda nuestro corazon en amor de esta Madre dulcísima, para que al arder aquella vela, sea la que nos defienda, para que en la vida sea antorcha purísima que nos alumbré.

Refiere el Discipulo un suceso à todos visos provechoso. Una muger honesta, recogida, y vir-

virtuosa padecía el prolijo tormento de un perverso marido. Eralo un Soldado de rematada vida, del todo disoluto en sus costumbres, de donde en casa se originaban continuos pleytos. Triste muger, triste casa la que así por un marido demonio retrata todo un infierno. La muger era devotísima de la Santísima Virgen, y no cesaba de clamar à la Señora, no tanto por el alivio de sus penas, como por el alma de su marido, que no se perdiese. ¡Ah, señoras, y qué buen Tribunal de apelaciones! Oyóla la Santísima Virgen, y una noche, que muy descuidado dormía el mal Soldado, y peor marido, en un punto fue arrebatado al Tribunal de Dios: vióse cercado de demonios, que à grandes gritos voceando sus culpas, le pedían de justicia por suyo. Fueronle uno por uno haciendo los cargos, y no tuvo qué responder à ninguno. ¿Cuál sería su congoja? Severísimo el Divino Juez ya para firmar la sentencia, lo detuvo la Santísima Virgen, diciendo: Este hombre ofreció una vez à honra mia un cirio de cera, que ardió en mi Altar; y aunque él no se acuerda, me acuerdo yo para pagárselo con esta hacha que lo ha de defender por ahora; y diciendo esto, le puso en las manos una hacha encendida, à vista de la qual rabiando se retiraron los demonios. Eso pasaba en su alma mientras acá en su cuerpo estaba él dando espantosas voces, y tristes gemidos, à que despertando su muger, acude à socorrerlo, y hallalo tan mudado, que no lo conocía; porque siendo mozo, le creció en aquel breve rato la barba hasta el pecho, y el cabello hasta la cintura; y uno, y otro se le nevó de canas, de modo, que parecía de ochenta años. Volvió en sí, refirió lleno de horror, y lagrimas lo que había visto; y verdaderamente convertido ofreció al culto de la Santísima Virgen todo su patrimonio en un Hospital, en que él, y su muger vivieron ya tan gustosos como en la paz de las virtudes, hasta que tuvieron ambos muy santa muerte. ¡Oh MARIA, antorcha purísima de los Cielos! ¿Quién no se dexará abrasar en tus amables luces? ¿quién no derretirá todo su corazon en tus obsequios, quando así pagas aun el mas corto? En tus manos, Madre admirable, ponemos desde aquí nuestras almas, para que à la hora del morir seas tú la luz que nos alumbré, la luz que nos encamine, la luz que nos libre de las eternas tinieblas, la luz que nos introduzca en los eternos resplandores de la Gloria.

DE EL SANTO SACRAMENTO de la Confirmacion.

PLATICA PRIMERA.

Cómo el Santo Sacramento de la Confirmacion es perfeccion del Bautismo, quien es su Ministro, y cuánta la necesidad que tenemos de recibirlo.

A 21. DE AGOSTO DE 1692.

NO llama Dios obra suya al Universo, hásta que lo dexa de el todo perfeccionado: *Requievit die septimo ab universo opere quod pararat.* Hizo al mundo en un día solo; pero cinco dias empleó luego en sus perfecciones; *Primum condidit, & molitur res corporeas,* dixo San Ambrosio, *deinde perficit, illuminat, absolvit.* Y bien pudiera su Magestad haberlo perfeccionado en un instante; pero quiso que tanto como toda la obra, estimo a parte sus perfecciones. Que si en un día hace el mundo, cinco cuesta el perfeccionarlo. Quando entendí, pues, que había acabado, hállalo que ahora empiezo. Grandeza de las obras de Dios, que anegando el humano entendimiento, por mas que discurra en su admiracion, quando ya le parece que vá alcanzando la orilla, se viene à hallar sumido en nuevo golfo: *Cum consummaverit homo, tunc incipiet, & cum quieverit, operabitur.* (Eccles. 18. cap. 6.) Pensé, digo, que había acabado ya de decir las excelencias admirables, las sublimes prerogativas, los siempre indecibles efectos de el Santo Sacramento del Bautismo, y hallo ahora, que ni he empezado à decir de su perfeccion. Y si una obra no decimos que se acaba hasta que se perfecciona, vuelvo à empezar por la perfeccion de el Bautismo. ¿Mas qual puede ser (me dirán) la perfeccion que le queda à una obra tan por todas partes cabal, y admittible? ¿Qual puede ser la perfeccion del Bautismo? Yo lo diré: el Sacramento de la Confirmacion, que por eso quizá se llama tambien imposicion de manos: *Impositio manuum*; no ya solo porque en este Sacramento se las pone el Obispo al que confirma, sino porque en él puso Dios, como Supremo Artífice, la última mano de sus esmeros, à retocar, à perfilar, à repulir aquella imagen hermosa, aquel retrato bello que en el alma dexó el Bautismo. (Ram. 2. *Het. tom. 16. fol. 159.*) Perfeccion, pues, de el Bautismo llaman los antiguos Padres al Santo Sacramento de la Confirmacion: *Sacrosanctam perfectionem divina generationis,* la llamó San Dionisio Areopagita. (Dion. *dē Eccles. Hier. cap. 4.*) Consumacion del Bautismo la apellidó San Cypriano: *Signaculum Domini, quo Christiani consummantur.* (Cyprian. *Epist.*

Epist. 73.) Complemento del Bautismo la nombra Rabano, (Raban. *ibid.*) y lo mismo Tertuliano, San Ambrosio, y otros Padres: y tanto, que San Clemente Romano, Discipulo del Apostol San Pedro, afirma haberlo oido à su Maestro, que no era perfecto Cristiano el que no estaba confirmado. Y San Urbano Papa nos exhorta à recibir la Confirmacion, para ser cabalmente Christianos: *Per manuum impositionem Episcoporum Spiritum Sanctum accipeve debent ut pleni Christiani inveniantur.* ¡Oh dignidad soberana de este Sacramento, que con tanta razon llamó Santo Tomás Sacramento de la plenitud de la gracia! *Sacramentum plenitudinis gratie.* (D. Th. 3. *p. quest. 72. art. 1. ad 2.*)

Pero cómo puede ser (me oponen desde luego bien fundada dificultad); cómo puede ser, que el Sacramento de la Confirmacion le dé perfeccion al Bautismo? ¿Y cómo puede ser, que por la Confirmacion seamos cabal, y perfectamente Christianos? Para serlo no hay duda que basta haber recibido solo el Bautismo. Cierto es tambien, y de Fé, que en el Bautismo se nos perdonan todas las culpas, así la original, como si las hay actuales; se nos dá la gracia, se nos infunden las Virtudes Theologales, quedamos hijos de Dios, herederos suyos, y desde allí somos, y nos llamamos Christianos. ¿Pues qué le queda que hacer al Sacramento de la Confirmacion? Ya parece que nada, ¿Pues cómo es perfeccion del Bautismo?

Dexenme responder con este exemplo. Sucede tal vez, que atravesando un chicuelo en lo resvaladizo del lodo, fuéronsele los pies, y cayó en un hondo cenagal, donde batallando el desdichadillo con la muerte, quantos esfuerzos hace para librarse, son mas en su daño para sumirse. Yá sin fuerzas, medio ahogado, acude exalada la madre, estiendo el brazo ansiosa, y asido por donde pudo, lo saca. ¡Qué congoja! Lo desnuda. ¡Qué susto! Lo lava, lo asea; y quitando el asqueroso lodo, le pone de limpio, lo viste de nuevo; y yá pasado el susto: hoy (dice, y bien) hoy nació este muchacho. Sí, que ella le dió la vida segunda vez, sacandolo de la muerte, ¿pero acabase aquí la diligencia? ¿Se contenta solo con haberlo librado del ahogo? ¿con haberlo puesto de limpio, quitandole del todo las manchas? ¿con haberlo vestido de nuevo, y en fin, con verlo yá libre? No, que de la caída, de la frialdad, del golpe, la criatura quedó lastimada, débil, enfermiza, y sin fuerzas. Y aquí entra nuevo cuidado del amor; fomentos, remedios, medicinas, para que al que allí primero le dió la vida, le restaure aquí las fuerzas lastimadas. Pues à la letra he pintado nuestra general ruina, y he dicho de nuestra Madre amorosa la Iglesia los repetidos remedios. Caimos todos (¡oh, qué caída tan lastimosa!) en el cenagal de la culpa, donde con lo inmundado del lodo teniamos sin reme-

dio lo triste de la eterna muerte. De allí, pues, nos sacó dandonos la vida esta amorosa Madre, y lavando todo lo inmundado nos puso el riquísimo vestido de la gracia: *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis.* Todo eso hizo el Bautismo; pero quedando luego por la caída las fuerzas débiles, y sin vigor los alientos, enfermiza la naturaleza, y caediza, ¿qué queda que hacer? ¿Qué? Con el Oleo Santo de la Confirmacion, con aquel saludable bálsamo nos corrobora, nos fortalece: digo de una vez, nos confirma. ¿No es esto perfeccion de lo primero? Sí, que no contenta con darnos allí la vida, nos dá aquí la fortaleza.

Veán, pues, ahora como todo nos lo ciñó con gracia el Catecismo: ¿Qué cosa es Confirmacion? Un aumento espiritual del ser que nos dió el Bautismo. Y vuelve à preguntar: ¿De qué manera nos dá ese aumento? Dandonos gracia, y fuerzas con que confesemos la Fé Christiana. ¡Oh, qué competencia de favores tan admirables! ¡Oh, qué apuesta de beneficios tan prodigiosa! Reparadla bien, reparadla. En el Bautismo nacemos à la vida espiritual como niños: En la Confirmacion gozamos tan aumentada esa vida como yá de hombres: En el Bautismo se nos sanan las mortales heridas: En la Confirmacion se nos restauran las fuerzas: En el Bautismo se nos dá la gracia para la mayor hermosura: En la Confirmacion se nos aumenta esa gracia para su defensa: En el Bautismo se nos dá la herencia infinita de Dios: En la Confirmacion se nos dá por tutor al Espiritu Santo, que nos la guarde: En el Bautismo se nos declara la guerra que emprendemos contra el Demonio, el Mundo, y la Carne: En la Confirmacion se nos previenen municiones para la batalla: En el Bautismo nacemos à la vida: En la Confirmacion nos armamos à la pelea: *in Baptismo regeneramur ad vitam; in Confirmatione armamur ad pugnam.* En el Bautismo nos asentamos por Soldados en la Milicia, y Vandera de Christo: En la Confirmacion se nos dán para pelear las armas. En el Bautismo, en fin, se nos abre la puerta para entrar en el Cielo; pero en la Confirmacion se nos dá el valor, la fortaleza, y la fuerza para batallar mientras estamos en el mundo. Y así aunque solo el Bautismo basta para salvarse, à los que luego con él mueren; pero la Confirmacion es menester para defenderse de tantos enemigos, à los que en este mundo viven. He hablado hasta aquí con Santo Tomás, y San Melchiades Papa, y Martyr, que así carean de comparacion estos dos admirables Sacramentos.

Las mugeres de Lacedemonia no se tenían por madres con haber dado à luz el hijo, si luego no lo criaban para Soldado. Tenian por la mayor honra el tener hijos en la guerra. Y por eso apenas nacido le ponian por cuna un broquel, y en un broquel metian à su infante, porque des-